

AYLCEE TARHA

CALENDARIO DE ADVIENTO

**UNA COLECCIÓN DE RELATOS INÉDITOS
UN RELATO POR CADA NOCHE FESTIVA**



ÉDITIONS AYLCÉE-TARHA@AYLCÉE-TARHA ÉDITIONS

BIBLIOGRAFÍA

Infantil: (bajo supervisión de un adulto)

- Clara, el amor de una bruja, Vol. 1, relato fantástico
- Clara y el círculo de piedra, Vol. 2, relato fantástico
- El trío feudal, LMJ1, relato fantástico
- Plaza ganadora, LMJ2, relato fantástico
- Los pueblos elementales, colección de relatos cortos

Adolescentes: (bajo supervisión de un adulto)

- Dualidades, novela romántica
- Los pueblos elementales, colección de relatos cortos

Adultos:

- Dualidades, novela romántica
- Epidamos, novela de ciencia ficción/fantasía
- Feudalidades, Vol. 1, novela de fantasía heroica
- Libertades, Vol. 2, novela de fantasía heroica
- Miedos en aguas turbulentas, novela de misterio

Gratis

Infantil:

- Cuentos de antaño 1, colección de 3 cuentos
- Cuentos de antaño 2, colección de 2 cuentos
- Calendario de Adviento
- Cuentos breves, colección de cuentos
- Las grandes aventuras de Cocotte
- Los indeseables

Adolescentes:

- Cuentos de antaño 1, colección de 3 cuentos
- Cuentos de antaño 2, colección de 2 cuentos
- Cuentos perdidos, colección de 5 cuentos cortos

Adultos:

- Cuentos perdidos, colección de 5 cuentos cortos
- La cena inesperada
- El ascensor
- Predicciones
- Atmósfera química

CONTENIDO

- ¡Es bueno saberlo!
- Manualidades
- Símbolos del Adviento
- San Nicolás
- La historia de Papá Noël
- Canción popular
- Un cuento de hadas de nuestro campo
- El cuento del amable duende verde
- 24 cuentos cortos
- Kwerty y sus amigos

DEDICACIÓN

Este Calendario de Adviento reúne cuentos cortos: para crear un ambiente acogedor entre padres e hijos, además de un sinfín de sorpresas. Cada historia es completa y original.

Soy autora y editora independiente.

Este libro electrónico está en formato PDF y protegido por un certificado de registro n.º D62365-21272

(Ilustraciones de CANVA Pro)

«Cualquier parecido con hechos o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.»

El Código de la Propiedad Intelectual y Artística, en sus apartados 2 y 3 del artículo L.122-5, solo autoriza, por un lado, las copias o reproducciones estrictamente reservadas para el uso privado del copista y no destinadas al uso colectivo, y, por otro lado, los análisis y citas breves a título ilustrativo. Por consiguiente, «toda representación o reproducción, total o parcial, realizada sin el consentimiento del autor o sus sucesores en título es ilícita» (apartado 1 del artículo L. 122-4). Dicha representación o reproducción, por cualquier medio, constituiría una infracción sancionable conforme a los artículos L. 335-2 y siguientes del Código de la Propiedad Intelectual.

Prohibición del derecho de reproducción (o derecho a copiar) y texto legal correspondiente, con o sin el siguiente extracto:

« Reservados todos los derechos »

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma, su almacenamiento en cualquier sistema de recuperación de información o su transmisión por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin la autorización previa y por escrito de la editora, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América. Para solicitar autorización, diríjase a la editora, a la atención de la Coordinadora de Permisos, a la siguiente dirección:

Aylcée Tarha

La Roucoule

1, Chemin de la Bichoune

-F-15400 Menet

aylcee.livres@gmail.com

Carta a Papá Noel

2

¡IMPORTANTE!

El ADVIENTO comienza tradicionalmente el 1 de diciembre, aunque a veces hay variaciones según el año. Sin embargo, por motivos de calendario, las autoridades oficiales competentes recomiendan desde hace varios años, alrededor del año 2000, que se celebre durante los cuatro domingos previos a la Navidad. Por ejemplo, en 2025, comenzará el domingo 30 de noviembre y terminará el 24 de diciembre de 2025.

Por mi parte, sigo fiel a la tradición. Sin embargo, añado más historias para comenzar el 30 de noviembre de 2025. ¡Cada uno es libre de hacer lo que quiera! Es la espera de la Navidad, una pausa moral y espiritual con connotaciones paganas, laicas y tradicionales. Necesitamos unirnos para formar un grupo, un pueblo compacto. La luz nos rodea a todos, depende de nosotros adaptarla para la paz.

Cada uno asumirá la libertad de elegir el lado festivo de esta festividad cristiana previa. La solidaridad y la fraternidad siempre han sido bidireccionales. Cuando tendemos la mano al otro, esperamos que él haga lo mismo, porque sin reciprocidad no tiene ningún valor humano. Si no, ¿dónde queda la civilidad o, peor aún, la civilización? Durante este cálido periodo, destacan tres puntos esenciales:

-(Santa) Bárbara el 4: copas de trigo o lentejas para germinar, tallos para comer para la vitalidad: fertilidad para el hogar.

-(San) Nicolás el 5 y 6: regalos para satisfacer la espera de la Navidad, niños que se portan bien gracias a actividades manuales, deportivas, culinarias y rituales según las regiones.

-(Santa) Lucía el 13: los niños al servicio de los padres, desayuno que ofrecerles en la cama, encender una vela por la noche.

El objetivo tradicional es hacer esperar a los niños hasta el acontecimiento principal que representa la tregua secular de la llegada de los regalos, tanto para adultos como para

niños, de Navidad. Si el contexto es religioso: la misa de medianoche. Si es secular: intercambio positivo en torno a una comida-cena. Si es pagano: en torno a un árbol engalanado en el jardín. Algunos grupos se reúnen en familia y rezan juntos entre amigos.

Los antiguos se reunían durante el solsticio de invierno, generalmente el 21 de diciembre, para definir la estación fría, retomada por numerosas ideologías diferentes, como nuestros antepasados celtas, raíces originales europeas entre la naturaleza y la humanidad. El objetivo actual es reunir cada fin de semana festivo a familiares o amigos en torno a veladas de recuerdos, anécdotas morales, de alegría, de amor y de serenidad.

En los países económicamente ricos, como Europa, Estados Unidos, las Islas Británicas, Rusia, China, Japón, Australia y los países emergentes, vemos florecer en las estanterías los calendarios de Adviento que contienen dulces, chocolates, galletas, licores, cervezas, sorpresas, juguetes en miniatura, joyas... Las familias añaden pensamientos, poemas, oraciones, buenas acciones que hacer, deseos piadosos, canciones, rimas...

Según mi experiencia como nieta a finales de los años 50, mi abuela colgaba cada día en el pomo de la puerta de mi habitación una bolsita de tela verde que llenaba de frutos secos, pasta de almendras, caramelos y papillotes. Era la época de un juguete por niño, un libro y mandarinas. ¡Había espacio para la imaginación de los sueños que traían los libros! Eso es lo que le falta a la juventud de hoy.

Hice lo mismo con mis hijos a finales de los años 70 y con los de finales de los 90, adornando los regalos con elementos más acordes con la época. ¡Hay que saber vivir con los tiempos para no ser e a tachada de retrógrada por sus hijos! Puedes crear el tuyo añadiendo chistes, historias, acertijos, dibujos, rompecabezas, pistas para resolver un enigma, juegos de adivinanzas, baratijas, juegos de las siete familias...

Si quieres mantener la tradición, añade cada día un libro ilustrado, un poco de dinero, un pequeño perfume, muestras de maquillaje que hayas ido recopilando a lo largo del año... ¡Pon a trabajar tu imaginación! Todo lo que prepares debe estar impregnado de amistad y afecto, ya que el Adviento es un acercamiento tierno y dulce, silencio o recogimiento, conversaciones reflexivas o actos concretos, ayuda y socorro.

Actividades manuales

Lentejas, trigo, legumbres secas

En un cuenco, pon algodón, humedéclo en la superficie, añade lentejas secas verdes, amarillas y marrones, riégalas suavemente cada dos días, colócalas en un lugar templado y espera unos días a que broten. Poco a poco aparecerán brotes verdes y, el día de Navidad, colócalos en la mesa decorada para la cena de Nochebuena para dar un toque de verdor a tu hogar.

Aquí tienes algunas ideas creativas: colócalas en el centro de una corona de mesa, o en moldes para cada invitado como marcadores de sitio para llevar como recuerdo, o alrededor de los regalos, o entre el belén y el árbol, o delante de las ventanas para los pájaros salvajes. ¡Una bonita decoración festiva para una mesa amistosa o familiar! ¡Una agradable protección para el hogar! ¡Una amable invitación entre vecinos y relaciones!

Breve historia de la fertilidad

Un día, una mujer intentó ser madre, pero sin resultado. Lo tenía todo: posición, dinero, belleza, salud, comodidad. Pero nada funcionó. Un mendigo pasó por allí y le pidió refugio para pasar la noche. Ella se lo concedió y le invitó a comer a su mesa con los honores que se merecen los invitados distinguidos. Él se sintió muy conmovido, se preguntó por su generosidad y, intrigado, le preguntó:

«Bella dama, ¿por qué me tratas tan bien a mí, un vagabundo?».

Ella lo miró fijamente y le sonrió ampliamente:

«Tú eres mucho más rico que yo aquí en la tierra: tienes muchos hijos, yo no, ninguno ha venido a pesar de mis esfuerzos».

Una lágrima rodó por su mejilla, que ella rápidamente secó por pudor.

Al día siguiente, partió temprano, dejando esta nota a su anfitriona:

«Estás embarazada, ten cuidado y ten paciencia».

Y realmente lo estaba. ¡La fe en la vida y la esperanza son suficientes!

Ideas originales

El primer domingo de Adviento y durante los tres domingos siguientes, en los países germánicos se enciende una vela para celebrar los cuatro puntos cardinales y traer luz para el año que viene, la felicidad de estar juntos, blanca para la fe, sea cual sea, roja para la fiesta pagana o laica, encendidas alternativamente. Se confeccionan coronas de rafia, vegetación y cartón.

Se añaden cintas, algodón, pedrería, campanillas, bolas, adornos navideños como angelitos, guirnaldas, lazos, muérdago: símbolos de amor, benevolencia, serenidad y bienvenida. No olviden escribir a partir del 7 de diciembre tarjetas de invitación o de felicitación navideñas, diseñadas por ustedes mismos, a todas las personas queridas para sus corazones. ¡Qué maravilloso es este periodo de espera antes de la Navidad!

Incluso y sobre todo si te recuerda una muerte, un incidente desafortunado de la vida, lo atenuará en gran medida, poniéndolo en la cálida luz de las fiestas. ¡Lo positivo vendrá en tu ayuda recordándote los momentos felices que pasaste en su compañía! Rezar y pedir un deseo también puede aliviar su pérdida. Poner su foto o un objeto personal te hará revivirlo en paz, entre el corazón y la mente.



(San) Nicolás

nombre del antepasado de Papá Noël

En Alsacia, la tradición dicta que cada niño coloque, la noche del 2 de diciembre, un par de zapatos cerca de la chimenea (del radiador, de la estufa), cantando o murmurando:

«(San) Nicolás, mi buen patrón (guía),
tráeme macarrones (y margaritas),
Mirabelles para las señoritas guapas,
Palitos de malvavisco para los niños!
Llena mis calcetines y mis zapatos, (San) Nicolás obligado».

Las festividades se celebran los días 5 y 6 de diciembre. Es conocido desde el norte hasta el este de Europa, cabalgando sobre su caballo blanco con el famoso Père Fouettard y su látigo y su gran saco para su recorrido, sentado sobre su burro gris. Desde el día 5, los niños lo esperan mirando por la ventana para ver si ven al anciano señor yendo de tejado en tejado, por los caminos con su saco lleno de regalos y dulces.

¡Llama a cada puerta para ofrecer regalos y golosinas con su cómplice, el Père Fouettard! ¡Uno da y el otro asusta! ¡El

bien y el mal reencarnados! ¡Uno recompensa y el otro amenaza! ¡Alegría y pena mezcladas! El segundo personaje es , vestido de marrón o negro, con pieles para representar la fealdad del villano siervo, con una mano sosteniendo un látigo para golpear a los niños malvados.

Su saco está vacío para meter dentro a esos niños revoltosos, mientras que el saco de Papá Noel está lleno de cosas buenas para los niños buenos. Viste un largo abrigo rojo bajo sus ropas blancas de guía, con su báculo en una mano, su mitra en la cabeza y una hermosa barba blanca. Imagen cristiana tradicional que simboliza lo positivo de la vida.

Encarna al buen patrón, al buen hombre, al protector de los novios, los niños pequeños, los adolescentes, los jóvenes adultos, los prisioneros de guerra, los marineros y los hambrientos, de ahí el rito de reservar un lugar en la mesa de cada hogar para un mendigo o un peregrino el día de Nochebuena. Desde principios de la Edad Media, existía una bonita tradición que se está perdiendo cada vez más: el lugar del desconocido, del vagabundo.

Consistía en añadir un cubierto para un invitado sorpresa.

En la Edad Media, era para el viajero que se detenía por la noche.

En algunas regiones de Francia, esta costumbre estaba especialmente dedicada a los difuntos del año. Hoy en día, este acto de fraternidad podría perpetuarse para las personas mayores solitarias, las personas en situación de pobreza o con problemas, los enfermos, los heridos o los discapacitados. ¡Eso también es el espíritu de la Navidad! El compartir fraternal, una mano tendida, la calidez del corazón, demasiado a menudo menospreciada.

Los niños aceptaban la idea de esperar regalos y ropa, pero luego se convertían en protagonistas: escribir una carta a ese hombre sonriente para pedirle que no se olvidara de ellos llegó más tarde: ¿qué hay más maravilloso?!

Eh, por cierto, ¿has escrito tu carta, sin olvidarte de nada, eh?

¡La redacción es importante y el dibujo que la acompaña es obligatorio! Primero, ¡saludarlo! Luego, explicarle si han sido buenos o malos, escribirle la lista de juguetes que desean, prometerle que se esforzarán el año que viene, saludar a los duendes del bosque y firmar enviándole muchos besos...



Historia del Papá Noel actual

Traído por los emigrantes holandeses y alemanes a Norteamérica, (San) Nicolás se convierte en Santa Claus a partir del siglo XVII. Es un vínculo tradicional con sus queridas patrias europeas. A principios del siglo XIX, se crea una nueva imagen comercial de un hombre afable y bondadoso que se transforma en el actual Papá Noel. ¡Todo sonrisas, con una personalidad dura pero justa!

El orgulloso San Nicolás es un primo austero, pero respetado y temido. A esta imagen del famoso Papá Noel se suma el misterio de su nacimiento. Hay que encontrar una fecha aproximada de nacimiento para acercarlo lo más posible a una verdad original. Se busca y se encuentran rastros nativos hacia el siglo XIII, un tal Sir Noeus. Desde suelo europeo, saltamos a las islas británicas.

Luego, en el siglo XVII, descubrimos su rastro en canciones populares navideñas: un hombre encapuchado con una gran

capucha, calentando al Niño Universal, hijo del dios celta ancestral Bel o Belenos, dios del fuego, y por lo tanto del calor de la chimenea o de una hoguera. Este gran gigante vestido de colores oscuros, con un pesado capote de vendimiador, tomado del dios del vino, y botas de piel.

Para legitimarse, Estados Unidos necesitaba una imagen popular que uniera y socializara a la población. El padre espiritual de nuestro Papá Noel es estadounidense, el señor Clement Clarke Moore, doctor en teología. Él sentía una fuerza que emanaba de este personaje paternal, que ofrecía una proyección del papel del hombre en la pareja, que se estaba alejando de sus costumbres más o menos machistas, ya que la mujer deseaba trabajar.

Relación con la sociología mordaz en sus inicios modernos.

En 1822, para sus hijos, describió por primera vez a nuestro buen hombre: «¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Cómo reían sus hoyuelos! (...) tenía una cara ancha y una pequeña barriga redonda que se movía cuando reía (...) tenía el tamaño de un duende y llevaba un hatillo de juguetes al hombro; ise desplazaba en un trineo tirado por ocho renos diminutos!...». Cuarenta años más tarde, ¡Papá Noel se hizo realidad!

En 1863, Thomas Nast, ilustrador de un importante diario estadounidense, terminó de dar vida a este famoso personaje. Lo describió como un hombre sonriente, con barba blanca, mirada afectuosa, mejillas regordetas, gran barriga, carácter tranquilo, gestos vivos, palabras apacibles, voz ronca y capa con ribetes de piel: ¡había nacido o renacido de sus cenizas!

En Francia, a partir del siglo XIX, este hombre llamado Noël se integró muy fácilmente en las festividades ambientales: este hombre con su trineo que iba de tejado en tejado, de ciudad en ciudad, adoptando el trabajo de cartero para repartir regalos, gustaba tanto a adultos como a niños. Y fue gracias a París y sus alrededores, que adoptaron esta figura cordial y acogedora, que se convirtió en un personaje emblemático, al que incluso se le dedicó una famosa

canción.



Canción popular

¡Pequeño Papá Noel!

Es la hermosa noche de Navidad
La nieve extiende su manto blanco
Y con los ojos levantados hacia el cielo,
De rodillas, los niños pequeños,
antes de cerrar los párpados,
Rezan una última oración.

{Estrillo)

Pequeño Papá Noel
Cuando bajes del cielo
Con miles de juguetes
No te olvides de mi zapato
Pero, antes de irte
Tendrás que abrigarte bien

Afuera vas a pasar mucho frío
Es un poco por mi culpa
Estoy deseando que amanezca
Para ver si me has traído
Todos los bonitos juguetes que veo en sueños
Y que te he pedido

{Estribillo)

El hombre de arena ha pasado
Los niños se van a dormir
Y tú podrás empezar
Con tu capucha en la espalda
Al son de las campanas de las iglesias
Tu reparto de sorpresas
Y cuando estés en tu hermosa nube
Ven primero a nuestra casa
No he sido muy bueno todos los días
Pero te pido perdón...

Repite el estribillo (dos veces)

Símbolos del Adviento

El abeto

El eterno abeto, que perfuma la casa con aromas invernales y lleva la naturaleza al interior del hogar, sigue siendo la encarnación de los orígenes terrestres del hombre. Protector del recogimiento, preside la sala común para que todos puedan disfrutarlo plenamente: su estatura impone respeto. Adornado con largas guirnaldas, bolas multicolores, decoraciones que apelan a la fe (ángeles, campanas) y a la festividad laica (lazos, coronas), sus ramas dan sombra a los regalos de la mañana del 25. Mantiene la tradición ritual como un guardián silencioso, pero activo y tranquilizador.

La chimenea

La chimenea desempeñó un papel esencial en la leyenda de Papá Noel hasta que se redujo el uso de la calefacción con

leña.

Era el alma del hogar, el lugar de reunión de toda la familia, el vínculo entre el cielo y la tierra: la historia de los regalos, obsequios y golosinas que pasaban por este conducto era un milagro vivido por todos, una verdadera espera. El descubrimiento en los calcetines de los tesoros de la naturaleza: naranjas, manzanas, n mandarinas, frutos secos, chocolates, galletas, libros, monedas, bufandas, bolsos, corbatas.



Leyenda del Hada Buena de nuestros campos

En las largas tardes de invierno, en una época lejana, todo el mundo se reunía para sentirse menos solo. Había solidaridad en el campo y en cada pueblo había narradores, guardianes de las tradiciones. Además, había una leyenda que corría por las regiones...

«Érase una vez una hada buena y hermosa que regresaba seis veces durante el Adviento, una vez cada cuatro días, para sembrar semillas de amor en las mentes cansadas por un año de trabajo. Ofrecía a hombres, mujeres y niños siete virtudes: amabilidad, fraternidad, bondad, respeto, generosidad, ternura y amor. Entraba en cada casa y dejaba un gran cofre lleno de víveres y regalos. Un festín a voluntad para los campesinos de los pueblos. »

Pero un año dejó de venir. ¡Sus corazones ya no la deseaban! Los seres humanos la olvidaron... Y sin sus corazones, ella no podía vivir. ¡Y desapareció!

¡Qué historia tan triste! Sin embargo... Quizás... Hay una posibilidad de que vuelva a cruzarse en nuestro camino: ¿lo intentarás conmigo? ¿Sí? ¿No? ¿Quizás? ¡Pues bien! ¡Haz lo posible por ocupar su lugar y crea siete pequeños milagros a tu alrededor para las personas que te importan! Una pequeña acción para cada una de las siete bellas virtudes:

- ser amable con tus padres, tus vecinos, tus amigos,
- no enfadarte ni pelearte con tus amigos, tus conocidos,
- ayudar a una persona mayor o inválida, discapacitada,
- respetar a tus hermanos y primos,
- regalar tus juguetes viejos a niños desfavorecidos,
- Abraza a tus abuelos en general y a los de tu familia.
- amar la vida y a las personas tal y como son...

Estoy segura de que encontrarás otras ideas adecuadas a tu estilo de vida. En nombre del hada Emotiva, te agradezco los hermosos y buenos esfuerzos que realizarás...

Historia de los santones de Provenza

Durante la Revolución Francesa, las familias adquirieron ciertas figuritas que representaban a Jesús, María, José, los pastores y sus ovejas, y poco a poco el belén (comedero para animales, establo, gruta, estrella, puentes). Estas figuras se exponían en vitrinas de vidrio hilado (técnica de los vidrieros italianos). ¡Para mirar sin tocar! ¡Representaban el arte de la vidriería de antaño! ¡Solo la burguesía podía permitírselo!

Unas generaciones más tarde, estos santones se transformaron en cera (espirituales), miga de pan (obreros) y madera (artesanos). Medían entre 10 y 35 cm, y estaban pintados o vestidos con telas (empleados administrativos). Los provenzales los fabricaban en arcilla sobre peanuts, los pintaban, barnizaban y vestían: «La arcilla está en las manos del santonero lo que el hombre está en las de Dios».

Actualmente, se encuentran en madera, yeso, plomo, plástico, pero el verdadero belén sigue siendo el de Provenza, cálido en sus colores. Es esta región soleada y cálida la que ha dado renombre al arte del santón (pequeño santo). Añadieron el burro, el buey, los ángeles, los Reyes Magos y las actividades locales y sociales de antaño: molinero, panadero, aguadora, zahorí, viticultor, leñador.

Están dispuestos en un decorado de montañas al fondo, colinas verdes y alegres (musgo, corcho, tomillo y arena) que descienden hacia las llanuras y hasta la costa mediterránea. Se ha convertido en el símbolo de la Provenza y de un auténtico arte de vivir. El belén se realiza sin los emblemas del cristianismo (se eliminan el dúo y el niño), dejando a los Reyes Magos. ¡Los niños crearán una escuela en lugar del establo!



Cuento del duende verde, portador de esperanza

Entre los narradores y narradoras de todas las regiones, de Francia y Navarra, se encuentran cuentos que se entrecruzan, se parecen y provienen de la tradición oral común. He aquí uno que no es una excepción a la regla. Al contrario, ¡la refuerza notablemente! ¡Atrévete y crea los tuyos propios!

Había una costumbre que alegraba el ánimo, ofrecía alegría a unos y otros, alegraba a toda la familia. ¿Quién realizaba tal prodigio, me dirán? Un enano: el duende verde, que viajaba por montes y valles. De origen irlandés, había aterrizado allí, en nuestro entorno natural.

Salía del granero donde dormía durante todo el año y

realizaba pequeños milagros de la vida cotidiana durante el Adviento hasta Navidad, es decir, durante veinticuatro días:

- arreglar un juguete roto, fabricar uno nuevo con varios defectuosos, hacer un rompecabezas de madera y barnizarlo,
- regalar chocolates, dulces, golosinas, hacer papillotes, galletas, cocinar bollos, pasteles y panes de especias,
- fregar los platos, ordenar las habitaciones, limpiar el ático, el garaje, el lavadero, la despensa o el sótano,
- clasificar sus pertenencias personales para donarlas a los necesitados, visitar a los enfermos, a las personas mayores, a los vecinos,
- dar buen ejemplo a los demás, dar clases a los hijos de extranjeros, hablar de las tradiciones y viceversa a cambio,
- No decir palabrotas, insultos ni amenazas, explicar los valores morales, sociales y humanos.
- Dar besos cuando nos enfadamos, saber cuestionarnos a nosotros mismos, ayudar o rescatar a animales en peligro.
- salvar especies vegetales o bosques, el litoral de las costas, defender la biodiversidad marina y terrestre...

Hoy en día, este pequeño personaje del Adviento ya no existe...

Pero tú podrías resucitarlo prodigando siete atenciones a tus seres queridos y a las personas que te rodean... Para ello, te propongo lo siguiente: conviértete en este simpático enano y escribe en un cuenco los nombres de siete personas que te son queridas. Siete regalos que inventar durante este periodo de Adviento. Siete acciones que llevar a cabo. ¡Es solo un ejemplo a seguir con total libertad y conciencia!

Piensa un poco en qué gestos amables podrías tener con estas siete personas de tu entorno. Estoy segura de que encontrarás en tu interior tesoros de ingenio para recrear una atmósfera que brote de tu corazón. Canciones, bailes, música, poemas, máximas...

Tengo confianza...

¡Ánimo!

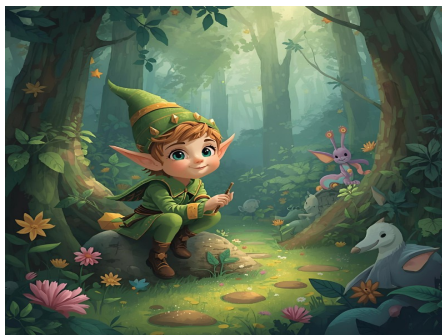
¡Un poco de cocina festiva!

Las frutas disfrazadas

- Coge dátiles y hazles un corte longitudinal. -Quita los huesos y colócalos en una fuente. -Alinea los dátiles uno al lado del otro en forma de roseta. -Adáptalos si el plato es redondo, ovalado, cuadrado o rectangular.
- Coge pasta de almendras de color rosa, blanco o verde.
- Cortarla a lo largo del tamaño del dátil abierto.
- Rellenar los dátiles y alternarlos por colores.

Como variante: utilice ciruelas pasas o albaricoques secos.

Prepare cada domingo bandejas de dulces como las anteriores, itiene tres recetas cambiando las frutas!



(Santa) Lucía o la Fiesta de las Luces

En este día, en los antiguos países nórdicos: Finlandia, Noruega, Suecia, Países Bajos y algunos países bálticos o rusoparlantes, la hija menor de cada casa se viste con un largo vestido blanco sujeto por un cinturón rojo y se coloca una corona de hojas en la que arden entre 5 y 9 velas de cumpleaños, a primera hora de la mañana.

Actualmente, por miedo a los incendios o a quemarse el pelo, coloca esta corona de luz en un plato redondo con calentadores de comida que lleva primero al dormitorio de sus padres, lo que tiene la ventaja de despertarlos suavemente antes de su desayuno en la cama.

Acompañada por sus hermanos y hermanas (las niñas,

vestidas igual con una sencilla corona de plata u oro, como los Reyes Magos, y los niños, igual, con un sombrero puntiagudo adornado con estrellas), lleva una bandeja a los padres despiertos: dos tazas de café o té, pasteles en forma de ruedas solares, dos velas amarillas o naranjas (símbolo de la luz). Estas curiosas ruedas se elaboran con galletas, bizcochos, masa de pan brioche, muffins « »... estriadas como ruedas con la hoja de un cuchillo y decoradas con frutos secos o confitados, según los gustos de cada uno, o con diversas masas circulares con pasas...

Si solo hay un niño, y además es varón, que se vista con el pijama más claro que tenga y con un cinturón o un pañuelo rojo. ¡Deje volar su imaginación!

En Lyon y sus alrededores, en la Fiesta de las Luces y en otros rincones de Francia, nos gusta colocar una vela en cada alféizar y rezar con ángeles, la luna y las estrellas.



CALENDARIO DE ADVIENTO

1 de diciembre

-¡Qué bonito, magnífico incluso! ¡Venid a admirar este locura, este espectáculo extraordinario, queridas!
-¡Oh, sí! ¡Qué bonito! ¡Y qué guay!
-Es verdad: ¡es tan mágico, una auténtica maravilla!
-Eh, eh, ¿qué pasa? ¿De qué estáis hablando?
-¿No ves lo que hay delante de ti? ¿Estás ciego o qué?
-¿Dónde? ¿Pero dónde? Solo cosas ya vistas. Aquí es normal.
-¡Pues ahí, delante de ti! ¡Vamos, ese cuadro natural tan blanco, con ese aspecto tan algodónoso! Una llanura inmaculada por los copos de nieve.

-¿Eso? ¡Pero si solo es nieve cayendo, nada más!

-Sí, ¡pero qué pantalla cinematográfica! ¡Qué maravilla!

-¡Bah! ¡No es la primera vez y seguro que no será la última! Entonces... Por mi parte, estoy harto de ver volver las heladas, la escarcha, el frío y las tareas de recoger leña y hazas.

-¡Qué dulce, qué poético y qué triste que seas así! Para mí, cada estación tiene su encanto, sus costumbres.

-Si te gusta, mejor. ¿Qué quieres decir con «así»?

-¡Pues sí, así! ¡Tan fría, distante, poco cálida, tan negativa! Eres brusca, taciturna, solo sientes negación.

-No te permito que me juzgues. ¡Eres cruel al decir eso de mí! Yo no te ataco, tengo una postura opuesta.

-¡No, porque es la verdad! ¡No ves la belleza de esta nevada, no sientes la alegría de tus hermanas pequeñas! Ya no tienes la delicadeza que tenías antes...

-¿Y tú te has preguntado alguna vez si yo era feliz? ¿Si no habría preferido otra cosa para mi propio destino?

-¿Por qué dices eso? ¿Tienes un secreto? ¿Arrepentimientos?

-¡Es mi vida! Sí, tengo remordimientos por el amor verdadero, por la fe.

-¿Tú, nuestra hermana mayor, tienes pena? ¿Tristeza?

-Sí, como todo el mundo, creo... la vida cotidiana de un adulto.

-Vamos, cuéntame... Me has despertado la curiosidad, ¿sabes?

-¿Quieres que te cuente mi historia? Pues aquí va:

«Yo era muy joven en aquella época y conocí a un chico muy simpático y muy guapo. ¡Pero era demasiado rico! Nuestros padres, los míos y los suyos, no querían que nos casáramos porque no éramos del mismo mundo, ¡no teníamos amigos en común! Se marchó a América... y me olvidó... Nunca más supe nada de él... ¡Ya han pasado más de cinco años!...».

-¡Oh, qué triste es tu historia! Parece tan real tal y como la cuentas... Realmente tenemos la sensación de poder tocarla, de empaparnos de ella. Te has entristecido, otra vez esta noche.

-Sí, bueno, es como el destino... ¡Bueno, ahora hay que irse

a la cama, señoritas curiosas! ¡Que tengáis dulces sueños y... hasta mañana por la mañana en el desayuno! ¡Besos!

-Sí, hermanita: ¡también eres genial cuando quieres!

-¡Buenas noches, mis pequeñas traviesas! Nos queremos mucho, eso es lo que nos hará seguir adelante y permanecer unidas, ¡besos!

-Sí, pequeña mamá sustituta, también te queremos mucho.

Cerró la puerta de su habitación y se fue al salón, donde ordenó: sus hermanitas habían hecho varias actividades navideñas, habían merendado y luego cenado allí. Acababa de cerrar todo, incluida la puerta, cuando se produjo un ruido inusual a esas horas de la noche. Un ruido incongruente llamó su atención: alguien llamaba a la puerta, eran las 9 de la noche, no esperaba a nadie: ¿quién podía querer molestarla así?

Desconcertada, oyó una voz medio ahogada, suave y arrastrada, con un acento familiar y extraño al mismo tiempo:

-Hola, ¿hay alguien en esta casa que me perdone mi ausencia durante todos estos años de trabajo tan lejos?

-¿Perdón? ¿Quién está ahí? ¡Preséntese, por favor! Si no, siga su camino, no abriré esta muralla protectora.

-¡Sí, soy yo! ¡He venido a buscaros a todas!

-¡Dios mío! ¡Eres tú! ¡Qué feliz y sorprendida estoy!

-¡Amor mío! Al volver aquí, no me atrevía a creerlo después de todo este tiempo lejos de ti. ¡Estoy viviendo un milagro navideño! ¡o he soñado y rezado tanto para que por fin estuviéramos juntos! Es inimaginable que no te hayas casado...

-Ven, entra, cuéntame lo que te ha pasado... Ya sabes que soy curiosa... Puedo devolverte la pregunta.

-Sí, es cierto. Mira, escucha, es increíble lo que nos está pasando... Emocionado por mi regreso, llego aquí y hago mi pequeña investigación discretamente, ¡y entonces descubro que sigues soltera! ¡Es maravilloso porque quizá todavía tenga una oportunidad de que me quieras!

-Pero no puedo dejar atrás a mis hijas. Solo me tienen a

mí... Nuestros padres ya han fallecido.

-Me las llevaré a las tres de todos modos. No hay otra alternativa: icásense conmigo y vengan a vivir a mi casa... a nuestra casa... en Quebec! Me he instalado en el campo, entre bosques, lagos y mi fábrica agroalimentaria.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Allí abajo? ¿Las tres? ¿Y los papeles que hay que tramitar, aquí para vender o alquilar esta propiedad y en Canadá?

-Tengo un amigo en el consulado: ¡no te preocupes por eso! Eso no debe detenernos, a menos que ya no me quieras. Para mí, lo esencial es que respondas a mi pequeña pregunta.

-Sí, claro que sí... Te quiero... ¿y no me dices nada?

-¿Crees que no? ¿He hecho dos viajes por mar por ti, para verte, hablar contigo y llevarte conmigo como esposa, teniendo ya toda una familia de la que ocuparme?

-Sí, de acuerdo, ¿y alquilo o vendo? Tengo que hablarlo con mis hermanos pequeños y con el notario, soy responsable de ellos y de esta propiedad, que nos ha sido legada a los tres en partes iguales.

Dada la gran distancia, se decidió que, una vez realizada la venta, las sumas se depositarían en dos libretas de ahorro como dote para los hermanos, como regalo de boda o dotación cuando cumplieran 21 años, mientras que la de la mayor se le legaría directamente a ella. La boda se celebró con mucha discreción, sin que lo supiera la familia del novio, demasiado estirada para aceptar tal desigualdad social, ya que poseía un título nobiliario.

Se unieron en matrimonio en plena Nochebuena, rodeados de sus hermanas, y al día siguiente partieron hacia Quebec.



2 de diciembre

Una casa aislada se derrumba bajo el peso de la nieve, al borde de una montaña, encogida sobre sí misma. Dos perros ladran desde el fondo de sus casetas para disuadir a los transeúntes, a los ladrones o al cartero. Una mujer y dos niños pequeños preparan las fiestas de Navidad, sonriéndose, ayudándose mutuamente, encantados. Una manada de gatos sale rápidamente del garaje contiguo a la casa, maullando y peleándose.

En estos primeros días de Adviento, se ponen en marcha muchas actividades: decoraciones que reparar o recrear, preparativos de última hora, platos festivos, imáximo rendimiento para cada voluntario! Aude y Joël, nerviosos, dejan sus zapatos para los pequeños regalos de mañana. Están confiados, ríen. Mamá les ha dado trabajo: elegir, colorear, ordenar las minitarjetas, escribir los deseos, firmar.

El fuego crepitante ofrece calor y presencia, una chispa de vida a este hogar. La luz de las velas aumenta el ambiente acogedor del fuego dentro de la chimenea. El trío se lleva muy bien, escuchando villancicos, bromeando con las sabrosas anécdotas de los últimos días. Disfrutaban de la naturaleza, observando muchos animales y el clima, las plantas en gestación invernal.

-¡Es la hora de los gatos! ¡Piden sus platos y sus cuencos de agua fresca! ¿Quién me puede ayudar a llevar los dos cubos y los cuencos lavados y secos? Es bastante pesado.

-Yo, mamá. También me gusta acariciarlos, estos glotones gourmets, izon tan monos cuando maúllan alegremente!

-Sí, menos cuando gruñen o se pelean entre ellos, por desgracia. ¡Son unos auténticos granujas, los marrones claros y blancos!

Los comederos de los perros se llenaron al mismo tiempo y se llevaron a sus cómodas casetas de madera.

-Cada día tiene sus penas, dijo mamá. ¡Estoy segura de que los dos vais a ayunar! ¿Sí? ¿No? ¿Quizás, ahí?

-¡Ah, no! ¡Hay algo que huele muy bien en el horno! Aquí

todavía tenemos un poco de olfato, ¿verdad?

-Vale, lo entiendo: ¡vos habéis confabulado contra mí!

-Sí, mamá, ¿cómo lo has adivinado? ¡Es nuestro día de fiesta! ¡El día de las luces, encendamos las velas en las ventanas!

Aude y Joël se lavan las manos en el lavabo del cuarto de baño y, con prisa, ponen la mesa, ya que tienen muchas ganas de comer. Se sientan alegremente. Mamá les sirve un plato de lasaña bien caliente con mucho queso por encima: ¡qué delicia! Le dan las gracias a su madre y, cuando ella se sienta a la mesa, comienzan a comer con buen apetito. Aude toma la enorme galleta gigante con frutas confitadas de postre.

-¡Quiero más, por favor, mamá! ¡Oh, sí, mmm! ¡Fregaré los platos después, lo prometo! ¡Qué delicioso y sabroso!

-¡Y yo lo limpiaré, lo prometo! ¡Yo también, gracias, está buenísimo! ¡Eres la reina, mamá! ¡Ñam, ñam! Y después del postre...

-También guardaremos para el desayuno y la merienda de mañana. Añadiremos chocolates y pastas de fruta.

-Vamos, niños, a la cocina, ¡lo prometido es deuda!

Esta noche verán una película muy triste: L'arbre de Noël, con Bourvil, una auténtica obra maestra del cine. Llorarán en el sofá, los tres juntos, acurrucados unos contra otros. ¡Es tan conmovedora y entrañable esa emotividad! Esos tres morenos son inseparables desde la tragedia que les afectó... este otoño. La pérdida de un hombre, un accidente inesperado, otra vida.

Una buena infusión para dormir les devolverá una leve sonrisa y luego «¡a dormir!». ¡No más pesadillas! Una pequeña historia como cada noche en la que el trío se reirá y un gran abrazo entre sus brazos. Pero cuando los dos niños pequeños se lavan los dientes... una bonita sorpresa aterrizada... ¡en sus zapatillas! Mamá grita entonces: «¡Socorro! ¡Socorro!», y se cae... de golpe... riendo a carcajadas, doblada por la mitad.

«¿Qué pasa aquí, mamá?», dicen, alarmados.

Los pequeños corren hacia ella, asustados por todo ese alboroto. Joël cierra la puerta abierta. «¿Dónde está la llave?». Aude tiembla, tiritando en el pasillo y... ve en la mano de su madre... ¡la llave que no encontraba! La cierran tranquilamente y se dan la vuelta: ¡hay golosinas en los calcetines llenos! Descubren delicias: bombones de chocolate y malvavisco con chistes o bromas.

Mamá sonríe, traviesa... «¡Mamá, qué mala eres!», murmura Aude, astuta... ¡ella lo sabía! «¡Qué miedo me he llevado!», dice Joël, con una mezcla de alegría y tristeza. Los tres se abrazan con ternura. ¡Alegría en sus corazones! Mamá los mira con cariño y se repite a sí misma que, a pesar de todo, ¡son felices! «El año que viene, ¡a ya será más agradable, el dolor se irá desvaneciendo poco a poco», pensó.

Papá se ha ido al cielo para reunirse con el abuelo y la abuela, y los tres los vigilan y los protegen con facilidad. Ella les dedicó una oración interior, pensando que a veces el destino no había sido justo con ellos tres. Luchará por sus dos hijos cada día y se pregunta qué le deparará el futuro: «No quiero nada más que paz. Aude y Joël están sanos y felices, eso es lo único que me importa».

De repente, sintió como una caricia: «Eres un ángel».

«Les voy a preparar una Navidad maravillosa: ¡quiero ver cómo se les iluminan los ojos ante un futuro juntos los tres! Ya están listos el mercado y el árbol, las lentejas ya están germinando, hay que comprar los regalos, envolverlos y esconderlos. ¡Qué Adviento tan maravilloso con todas estas actividades, tradiciones, preparativos, emoción y magia! Nuestro Adviento y nuestra Navidad serán inolvidables, queridos míos, os lo juro solemnemente: ¡increíbles!».



3 de diciembre

Érase una vez un pequeño duende del bosque llamado Garyl.

Era un hermoso ser alado, un duendecillo travieso y muy juguetón.

Inteligente y estudioso, apreciaba su independencia, su autonomía, su libertad de acción y de pensamiento. Activo y decidido, tenía proyectos personales. Poseía unas alas finas y fluorescentes que le guiaban en la noche durante sus vuelos y le protegían durante el día. Curioso e intrépido, delicado y goloso, audaz y atrevido, arriesgado y orgulloso, buscaba a su amor: Clotilde, a quien había visto fugazmente.

¡Un cartel de ella y, hop!, ¡se había enamorado locamente!

Desde entonces, la buscaba por todas partes. Guardaba esa imagen en su interior, deslumbrado por tanta belleza frágil, gracia evanescente, encanto icónico y sobria elegancia. La nieve blanca cubría todo su entorno con su manto incoloro, salpicado de verde y marrón, alrededor de un Garyl realmente muy triste. Vagaba como un alma en pena: ¡el pesado y espeso silencio del invierno lo asfixiaba poco a poco!

Decidió partir al día siguiente hacia la ciudad, encarnando el movimiento, el brillo, las luces. ¡Tan pronto lo deseó, tan pronto se lanzó! Luego, tras una buena noche de descanso para un viaje tan largo, se levantó fresco y dispuesto. ¡Y ahí estaba, volando! Aterrizó en plena avenida y... ¡Oh! ¡Sorpresa! ¿Qué veía? ¿Allí, delante de él? ¡A su Clotilde! ¡En un póster reproducido en varios ejemplares! Sin duda, se estaba volviendo un poco loco.

¡En un escaparate! A la vista de todos, en un escaparate, ¡por todas partes!

¡Sorpriente! ¡Inapropiado! ¡Desconcertante!

¡Desestabilizador!

Aprovechó la entrada de un cliente para colarse dentro.

Desconcertado, abrió los ojos como platos. «Pero... pero...

ino puede ser! ¿Qué significa todo esto?».

Preocupado y atónito... Está consternado: ¡hay cientos de SA Clotilde! «¿Hermanas, primas, amigas?...».

Tragó saliva con dificultad, retorciendo su gorro entre las manos.

Garyl se abre paso entre ellas, hay toda una estantería llena, observando a las dobles, copias exactas, de su amada tan hermosa:

«¿Dónde estás, dónde te escondes, mi querida pequeña Clo?».

Reflexionó rápidamente, arrugando la frente, y acabó golpeándose la frente con sus frágiles manos, vislumbrando una solución:

«¡Qué tonto soy! No me responderán, no hablan: ¡no están vivas! ¡Son pálidas imitaciones!».

Al doblar una esquina, al final del pasillo, la ve aparecer... ¡frente a él, radiante! «¡Dios mío, qué hermosa es!».

Él está allí, tímido, sin fuerzas, sin voz, devastado, enamorado hasta la médula, hecho de esa hermosa felicidad que perciben sus ojos. No ve nada más que a ella, ahí, como esperándola. Se acerca entonces muy despacio a esa muñeca del amor. Ella lo mira y... desaparece... ¡en una caja de música!

Desesperado, la busca y la encuentra en manos de una niña que... ¡Oh! ¡Horror y maldición! ¡No, eso no!

¡Ella gira una llave chirriante a sus espaldas! Él debe ayudarla, haciendo caso omiso de su tormento, debe liberarla, ¡sí, eso es!

Ella la coloca inmediatamente en una cinta transportadora de caja sin ningún miramiento, sin consideración, y aterriza en una bolsa festiva.

«¡A esa niña no le gusta como a mí!».

Se cae de su puesto de observación: ¡Bosse! No siente ningún dolor, solo una ligera molestia, ¡no es grave!

Se levanta con gran dificultad, temblando y tambaleándose. ¡Su bultito se está hinchando de verdad ahora!

«Tengo que curarme la herida, cuidarme, pensar en un buen plan y luego pedirle matrimonio, ¡será lo ideal!».

Recuerda que es casi Navidad, ¡estamos en pleno Adviento!

La época en la que los narradores despiertan los cuentos salpicados de hadas, príncipes y brujas. ¡Los próximos días serán de preparativos en su mundo de blancura y frío! ¡La recolección de bellotas, nueces, almendras y avellanas se ha guardado para el invierno y las fiestas! Pfft... Se frota la cabeza, perplejo, . Pfft... No hay ninguna tienda en su bosque, nada, solo frío... nieve... ramitas. Pfft...

«¡Ah, qué tonto, de verdad!».

Se movió tanto en la cama que se cayó al suelo, de cabeza: ¡menudo chichón!

Una simple pesadilla... Sin importancia. ¡Menuda aventura para un sensible elfo alado del bosque!

Pues sí, por desgracia solo fue un sueño. A menos que fuera una pesadilla, ¿quién sabe? ¡Y qué imaginación tan creativa!

Garyl en una tienda de juguetes, ¡nada menos! Pfft...

¡Apenas imaginable! ¡Y sin embargo! ¿Y si fuera viable para él?

«Entonces, ¿dónde estás y qué ha sido de ti, querido amigo? ¡Qué contenta estoy de encontrarte en mi armario para este Adviento!».

El niño lo sacó de la pila de juguetes para regalar a los niños pobres y les dijo a sus padres: «Él no, es mi amigo».

Garyl fue colocado en un lugar destacado sobre la cama y su amigo humano le regaló una Clotilde por Navidad. ¡Un sueño hecho realidad!



4 de diciembre

En un pequeño pueblo de Francia, una familia se encontraba en una situación muy difícil. Las fiestas navideñas se anunciaban tristemente nostálgicas para estas personas. La precaria salud de sus padres entristecía los ojos de las dos niñas. Afuera, la nieve caía copiosa y agravaba aún más la soledad de aquellas niñas abandonadas. Intentaban alegrarles con sus cálidas sonrisas.

La alfombra blanca amortiguaba sus pasos en la nieve fresca, al igual que las quejas incesantes de sus pobres parientes, afectados por una enfermedad incurable. La enfermera venía a verlas para cuidarlas y ponerles inyecciones con el fin de aliviar sus dolencias, pero no había esperanza de que se curar. Amandine y Automne se apoyaban mutuamente lo mejor que podían: rezaban con fuerza para que sus padres se curaran.

Una gélida noche de diciembre, una dama se les apareció en sueños: un rostro sereno las miraba. Estaba completamente iluminada, envuelta en un vestido largo de encaje inmaculado. Una sonrisa flotaba en sus finos labios. Su voz era tierna, llena de amor: «Hermosas y dulces niñas, idebéis quererlos mucho para rezar tantas oraciones! Os he escuchado y aquí estoy: id a buscar...».

Por la mañana, Amandine y Automne prepararon lo que la dama les había indicado y se lo ofrecieron a sus queridos padres, que estaban muy enfermos. El sufrimiento se reflejaba en sus rostros demacrados. Varias horas después, la enfermera se sorprende por la forma en que la enfermedad remite. Pregunta a las niñas qué ha podido pasar: ellas no saben qué decir, balbucean vagas respuestas de esperanza.

No podían hablar de su sueño, las habrían tachado de locas, así que decidieron guardar silencio, esperando a ver qué pasaba, redoblando sus oraciones y dando gracias a su protectora. Sus padres mejoraban poco a poco y, a medida que bebían la poción, se sentían mejor. Las niñas eran

afables y cuidaban con amor incondicional a sus padres debilitados.

Al caer la noche, volvieron a empezar y así sucesivamente hasta que la mejoría se instaló en su cabaña. Cada día, al amanecer, seguían las recomendaciones de la Dama, y las pociones y conjuros hacían maravillas. Entre infusiones y sopas reconstituyentes, los cuidados espirituales colocando sus manos juntas sobre los cuerpos enfermos, recomendados por su Dama, la fe les acompañaba.

Papá y mamá ya no tenían dolor y cada vez estaban más en forma. La enfermera ya no volvió, pensando que la magia de la Navidad había vuelto a obrar una vez más. Suspiros. Ella también empezó a rezar más por sus enfermos, por los suyos, por ella misma. Era un impulso irracional e instintivo del corazón: se sentía mucho mejor en su ejercicio médico y personal. Volvía a ser una niña angelical.

Solo Amandine y Automne lo sabían, pero no se lo dijeron a nadie. Preparaban con entusiasmo las coronas de madera y los adornos de pasta de sal para decorar el abeto del patio de su granja. Lo decoraban con tenacidad y cariño. Una mañana, sus padres pudieron admirar sus creaciones desde la cama: a través de las ventanas, con las cortinas levantadas, vieron el hermoso árbol decorado, iluminado por la luna.

Con lágrimas en los ojos, escucharon la historia de sus hijas: las preocupaciones, el esperado final cercano, sus sueños, las oraciones, las infusiones, la enfermera, la decoración festiva y la comida preparada para la tradicional cena de Nochebuena. Las abrazaron con ternura, acunándolas y mimándolas: ise acercaba la víspera de Navidad y las dos niñas habían preparado una bonita mesa para los cuatro!

Estaban de nuevo reunidos y encantados, porque sabían que solo el amor había podido obrar ese milagro y devolverles la vida: iel amor de sus dos tesoros, sus queridas hijas! ¡Qué Navidad tan maravillosa fue aquella! ¿Y qué fue mucho más tarde de esas dos niñas tan buenas? Se convirtieron en

adolescentes aplicadas en sus estudios de medicina y cirugía, con su espiritualidad secreta para los casos graves.

Cuando se graduaron, ise las dedicaron a la Virgen!

Unidas en sus esfuerzos, realizaron milagros en sus servicios hospitalarios hasta tal punto que sus compañeros les tenían e e envidia y les rogaban que se establecieran por su cuenta. Lo hicieron con alegría, porque sabían que así podrían ejercer para el mayor número de personas. Aurore se dedicó a la medicina general y Automne construyó una clínica con régimen hospitalario gracias a una fundación humanitaria en geriatría.

Ambas se casaron con investigadores reconocidos en los nuevos procedimientos para enfermedades incurables. Cada Adviento, las dos parejas se reunían, rodeadas de jóvenes y personas mayores. No solo ofrecían ayuda y consejos sobre medicina y estilo de vida saludable, sino que también daban esperanza a los más desfavorecidos con pequeños detalles, como comidas y meriendas festivas los domingos.

Los talleres se llevaban a cabo alegremente por asociaciones de padres, madres amas de casa y abuelos jubilados: era el núcleo duro de momentos festivos en los que se encarnaban todas las mejores voluntades, como laicidad dedicada a una causa común: el bienestar de todos. La tradición se conservaba con el respeto de todos y se difundía entre las personas que se integraban en la sociedad republicana.



5 de diciembre

En un hermoso día de invierno, el pequeño Sapinou se hizo grande y fuerte: sus raíces eran ahora lo suficientemente profundas como para sentirse bien y el verde intenso de su follaje era magnífico. Tan hermoso que un leñador que pasaba por casualidad lo vio. El hombre regresó unos días más tarde con su hacha y quiso talarlo para llevárselo a su casa con motivo de las fiestas y decorarlo para sus hijos pequeños.

Se esperaba a los miembros de ambas familias y a algunos amigos para celebrar el Adviento y la Nochebuena.

El pequeño Sapinou expresó su desaprobación pasiva silbando, crujiendo, gruñendo y hablando con enfado:

-¿Por qué talarme? ¿No podrías mejor llevarme con mis raíces y replantarme en una maceta para que no muera? Sería mejor para todos, ¿no? ¿No crees, hombre del bosque? ¿O mejor aún, replantarme en la tierra?

-¿Mm...? ¿Quién me habla? ¿Estoy loco? ¿Es mi conciencia ecologista la que se despierta ante este encanto natural? ¿Mi fragilidad mental está prevaleciendo sobre mi poesía infantil?

El buen hombre se rasca la cabeza, con el gorro torcido, preocupado y perplejo por la situación, isin dar crédito a sus oídos!

«¿Estás hablando? ¿Tú, el abeto? ¡Es la primera vez que soy testigo de tal operación verbal y vegetal!».

El pequeño Sapinou se estremece y tiembla, y la nieve vuela a su alrededor, ayudada por el viento fresco que sopla en remolinos.

«¡Sí, así fue como sucedió un buen día, sin más! No lo busqué: ial parecer, se me da bien hablar!».

Solitario y aislado en la extensión de su montaña, buscaba una especie de comprensión, benevolencia, intimidad.

El leñador le dijo que iba a buscar las herramientas adecuadas y que volvería más tarde, lo que hizo por la tarde.

Ambos se pusieron de acuerdo en cada acción con un tacito acuerdo: uno ayudando a su desarraigo y arraigo, el otro acompañándolo y protegiéndolo. El transporte fue agotador para ambos. Afortunadamente, hubo más bajadas que subidas, y se realizó bajo un cielo despejado y un clima seco.

Hicieron una entrada notable y muy comentada en la casa: los niños y mamá aplaudieron su aparición despeinada y deslumbrante. Sapinou estaba aturdido por el ambiente que reinaba en ese interior alegre, con el suave calor de la chimenea que presidía la sala común. Una larga mesa de madera y sus bancos fueron tomados por los niños para una merienda agradable y ruidosa.

-¡Dios mío, qué grande y fuerte es! ¡Es esbelto y frondoso! ¡Brillará y resplandecerá gracias a las guirnaldas!

-¡Quedará precioso en nuestro salón! ¡Será el alma de nuestra hermosa casa! ¡Será el patriarca que nos faltaba aquí para Navidad!

-¡Quedará magnífico decorado con dorado, rojo, naranja, azul y plateado! ¡Olerá a bosque y a savia de pino!

-¡Cuidará de nuestros regalos, alineándolos! Los guardará y protegerá, ocultándolos de los intrusos, con la ayuda de los duendes!

-¡Y bailaremos a su alrededor! ¡Será genial hacer una farándula! ¡Es tan divertido saltar y cantar fuerte!

-¡Este árbol parece tan alegre! ¡Me recuerda una leyenda de antaño! Lo único que le falta es hablar.

-Ah, qué aventura, si supieras. Sí, lo que dices tiene un significado oculto. Nuestros antepasados estarían orgullosos de ti y de tus sentimientos.

Todos participaron en plantarlo en una enorme maceta de madera y en decorar este hermoso árbol festivo en su gran comedor: El pequeño Sapinou también estaba feliz de no estar solo, allá arriba, en el bosque de abetos de sus antepasados. Ya no tenía frío, estaba cerca de la chimenea encendida. ¡Por fin estaba en familia, él, el pequeño ermitaño obligado por su condición de árbol! «¡Me gusta mucho este hogar!».

Y luego los regalos se amontonaban cada vez más a sus pies, envueltos en cintas y multicolores: ¡cuántos colores a su alrededor!

A Minou, el gato de la casa, le gustaba descansar debajo de él, asearse y echar su siesta diaria. ¡Soñaba con salir a cazar ratones! «¡Feliz! Aquí estoy, feliz. ¡De verdad!». El Adviento transcurrió con sus 24 días, llenos de emociones y muy agitados en cuanto a creaciones de todo tipo: cocina, pintura, barnizado, restauración, limpieza, innovaciones.

Luego llegó el día de Navidad con sus canciones y estribillos cantados a coro, vistiéndose para recibir a los invitados, antes de la llegada de Papá Noel. Después llegó el Año Nuevo con muchos amigos, bailando y riendo bajo el muérdago. Se celebró dignamente el día de Reyes alrededor de Sapinou y se le quitaron una a una sus coloridas decoraciones. Las fiestas terminaban poco a poco. Papá le dijo muy amablemente al joven conífero:

«Este es tu lugar, ¿qué te parece?». ¡El pequeño Sapinou estaba realmente FELIZ! ¡Qué rincón tan encantador, y tan céntrico!

El lugar elegido por este humano era mágico: ¡era la rotonda familiar, en medio del césped de su jardín!

Desde ese día, allí sigue, y ha visto pasar muchos años y ha tenido muchos amigos. Cada año, el leñador, su mujer y sus hijos no perdían la oportunidad de añadirle compañeros verdes. Mucho más tarde, los nietos continuaron la tradición, y así sucesivamente con cada generación. Poco a poco, con alegría, se convirtió en la granja de los abetos. ¡Una barrera natural de vegetación protectora!

Una majestuosa valla ofrecía seguridad ecológica, convirtiendo este lugar campestre en un auténtico remanso de paz.

Una camada de ardillas se instaló en sus troncos y grandes setas crecieron a sus pies: ¡la magia de la Navidad!



6 de diciembre

Érase una vez una niña muy pequeña y muy mona que vendía flores en la plaza de la iglesia. Llevaba un sombrero de ala ancha de color violeta y, cuando nevaba, se echaba la capucha sobre su larga melena de un bonito rubio cálido. Era adorable, encantadora y reservada. Tenía unos bonitos hoyuelos en sus mejillas infantiles y una agradable sonrisa en sus finos labios.

Era una época en la que los niños trabajaban para ayudar a sus padres: en el campo, los empleaban en las granjas y en la ciudad era fácil encontrar pequeños trabajos. Tenía casi ocho años y ofrecía pequeños ramos de violetas a los transeúntes apresurados. Algunos se los compraban, conmovidos por su frágil juventud, otros pasaban sin verla, absortos en sus preocupaciones. Era una niña amable, educada y servicial.

La escuela no existía para el pueblo francés, solo para la nobleza, la burguesía y los artesanos, por lo que ella ganaba la vida y la de su agradable madre, que se había quedado en casa para terminar su trabajo: un bonito vestido de fiesta para una dama de la alta sociedad. Era costurera y formaba parte del equipo de una famosa marca. No faltaba trabajo, los pedidos llegaban en abundancia.

Estas dos mujeres, madre e hija, se parecían mucho por sus

rasgos finos y orgullosos, su forma de inclinar la cabeza, su dulce sonrisa y sus ojos del mismo verde tierno de los prados en primavera. Esbeltas y delgadas, eran elegantes tanto en su andar como en sus gestos. Su postura era muy femenina hasta la punta de las uñas, impregnada de humildad, sensibilidad, instinto e intuición.

La única diferencia entre ellas era que una era rubia como su padre y la otra muy morena, con el pelo siempre trenzado en una eterna coleta que se recogía en un moño cuando salía por las calles para llevar su trabajo a la tienda durante las pruebas. Volvía con su botín y un pedido. El padre y marido acababa de partir al reino de los ángeles, como decía la madre, mientras rezaba por su alma.

Se había reunido con los demás artistas y estaba muy feliz de poder continuar con sus pinturas tan vívidas y románticas. Ahora estaban solas, saliendo de su dolor como podían, con dificultad pero con tenacidad. Él había sucumbido durante la guerra de México a una neumonía fulminante. El documento oficial del ejército daba fe de su silencio. Se habían encerrado en sí mismas.

Él no había respondido a las cartas de su esposa desde aquel fatídico mes. Vivían modestamente, en paz y con fe en el futuro, en una buhardilla poco iluminada en el último piso de una casa burguesa en pleno centro de la ciudad. La única calefacción que se permitían era una pequeña chimenea por la noche y un poco de agua caliente por la mañana para su té, acompañado de unas galletas secas.

El resto del tiempo, se sentaban juntas en el sofá con cojines desgastados, vestigio de un pasado coqueto y mejor, envueltas cada una en una gran manta caliente. Para ese Adviento, en su primera Navidad solas, ambas habían encontrado lana para hacer unas guirnaldas de pompones, a las que añadieron hojas secas de colores y telas con formas de luna, estrella, ángel, abeto y duende.

La madre nunca se quejaba de su triste situación, la niña se mostraba valiente: eran felices porque estaban juntas,

simplemente. Mamá contaba historias épicas, históricas, legendarias o divertidas mientras la pequeña soñaba. De repente, llamaron a la puerta, el día de Navidad, al comienzo de la velada de . Se miraron, intrigadas. No esperaban a nadie. Mamá llamó temblorosa...

A pesar de todo, mamá abrió la puerta con cierto temor y... para su sorpresa, lo que vio fue asombroso:

«¿Philippe? ¿Tú? ¿Eres tú? No, no puede ser, tú has fallecido. ¿Es tu espectro? He rezado tanto por tu regreso».

¡Y se mareó! El hombre la cogió en sus brazos justo antes de que cayera al suelo, a sus pies.

El impacto había sido demasiado fuerte para ella. ¡Philippe estaba vivo!

Y estaba allí. ¡Era un auténtico milagro! La niña se apretó contra él, pidiendo un poco de atención.

«Llevaba tanto tiempo esperando este día...».

El regimiento que él comandaba había sufrido varios reveses en batallas de guerrilla y se había desintegrado en varios fragmentos. Los franceses se encontraron al otro lado de la frontera, en Estados Unidos. Su mando había huido, por lo que se encontraban solos en tierra extranjera. Los supervivientes decidieron trabajar para volver a Francia por mar. Él prefirió crear y consolidar su trabajo antes de reunirse con ellas.

El trío se besó y se abrazó con entusiasmo: ¡fue el mejor regalo de Navidad para este clan finalmente reunido!

Philippe, una vez que se calmaron las emociones, volvió al rellano y les ofreció una buena comida digna de esta fiesta familiar. Les contó sus peripecias en América Latina y luego sus aventuras en el oeste de Estados Unidos, donde había trabajado para sobrevivir y volver a Francia a buscarlas porque... Había montado una serie de tiendas de ropa de segunda mano en Boston, Chicago y Nueva York, donde quería lanzar una línea de moda para su mujer.

Había trabajado duro, había triunfado y había cruzado el océano para ir a buscarlos: la vida nos depara tantas sorpresas y alegrías!



7 de diciembre

Boquito, el orgulloso íbice de los Alpilles, salta de roca en roca para descubrir este rincón de la montaña que le es desconocido. Quiere encontrar una fuente de agua fresca, alfalfa y margaritas. Para ello, escala una cresta bastante vertiginosa y se encuentra en un lugar paradisíaco. Una pradera verde y florida donde se han instalado decenas de familias de marmotas.

Un torrente fluye entre las grietas del terreno rocoso y se precipita por un escarpado acantilado más adelante. «¡Qué bien se está aquí!», se dice con admiración. Mientras caminaba tranquilamente por la suave hierba, conoce a un pequeño animal, una marmota blanca y negra que llevaba mucho tiempo viviendo allí y que empezaba a alarmarse por estar sola.

-Hola, ¿de dónde vienes? Yo nací aquí, pero hace meses que nadie juega conmigo. ¡Me aburro muchísimo!

-¿Por qué? ¿Eres mala perdedora? ¿Eres mala con los demás? ¿Eres celosa? ¿Haces trampas? Si no es por eso, no veo por qué los demás te abandonan a ese triste destino que describes, tiene que haber una buena razón para esta situación.

-No, pero cuando me enfado, me tiento y desprendo un olor

muy nauseabundo. Por eso me quedo sola y me alejo de mis amigos.

-¡Ah, entonces es eso! ¡Las marmotas me advirtieron que no me acercara a menos de dos metros de ti! Ahora lo entiendo mejor. Tu única posibilidad será no enfadarte.

-Sí, ¡pero me gusta la compañía! ¿Qué puedo hacer para remediar este gran handicap social? Me gusta que me quieran y que me presten atención, como a todo el mundo, en general.

-Es fácil, no te enfades y ya no te multarán ni te aislarán de estos grupos. ¿Aceptas el reto? ¿Te sientes realmente capaz? ¿Sí o no?

-Sí, pero tengo carácter. ¡Es difícil estar siempre tranquila! -responde, desorientada e insegura.

-Esto es lo que vamos a hacer... Escucha... Este es mi plan... ¿Estás de acuerdo con el fondo y la forma? Lo intentamos, ¿vale?

Nuestros dos amigos, Boquito y Marvine, se divierten, gritan, ríen, saltan: ¡qué juego tan divertido! ¡Impresionante y asombroso!

¡Están felices de jugar juntos! Se detienen y de repente se dan cuenta de que están rodeados por las marmotas.

Su jefe se planta delante de ellos para pedirles permiso para divertirse con ellos. Ellos mismos se sienten solos y ociosos mientras su dúo se divierte. La traviesa pareja asiente con la cabeza y luego se miran con picardía. Una vez concluido este pacto inesperado de buena convivencia, todos comienzan a correr, saltar, luchar de mentira, caminar y recoger flores y frutos silvestres.

Pero antes, Boquito quiso recordarles el silencio de Marvine y el dolor que le causó después. No fue fácil.

-¿Creía que ya no querían divertirse con ELLA? —dijo Boquito señalándola con el dedo, juzgándolos.

-Al principio era cierto, pero luego, al espiarla, nos dimos cuenta de que no había hecho nada malo, así que cambiamos de opinión sobre ella.

-Ah, ya veo vuestro razonamiento, es intelectual, reflexivo y

sensato. ¡Es Marvin quien debe ser justa, no vosotros!

-Sí, también está bien así... y quizá... ¡vosotros nos queráis a nosotros! Y ahora, ¿cuál es vuestro veredicto aquí y hoy?

-De acuerdo, con una sola condición: ¡que no hagáis trampas! Así, ella no se enfadará si cada uno de nosotros le dedica tiempo y energía. Porque vosotros hacéis trampas y ella, al contrario que vosotros, disfruta de los retos por el placer deportivo. Esa es vuestra única pero desafortunada particularidad. ¿Cambiaréis entonces vuestra táctica hacia ella por una persecución amistosa?

Las marmotas deliberaron y respondieron:

«¡Vamos a jugar por la pradera! ¡Adelante y que gane el mejor en esta carrera!».

Y desde ese día, ¡se divierten juntos alegremente!

¡Una moraleja intensa aceptada por todos ellos, allá arriba!

El miedo de unos y otros se desvaneció: cuando se mira inteligentemente a nuestro alrededor y se tiene la voluntad de cambiar, ¡todo sale a la perfección! Un momento de puro abandono: ¡la tierra se convierte entonces en el Edén! Un auténtico paraíso nevado para Navidad: cada animal invernal tiene su Navidad blanca, ¡cada uno a su manera! A veces basta con una pequeña cosa para que todo cambie de negativo a positivo.

Allí, mucho más arriba que los pastos alpinos desiertos, las marmotas reconciliadas y este simpático dúo disfrutan plenamente del Adviento retozando en la blancura nevada que lo invade todo a su alrededor: una auténtica postal en la que los abetos se espolvorean con copos y escarcha estrellada, y los animales salvajes salen tímidamente de sus bosques en busca de comida que rascar bajo el espeso manto frío.

Boquito, que se ha convertido en el amigo incondicional de Marvin, le confía un secreto confidencial que le amarga la vida. Ella le escucha atentamente y le dice: «Todos tenemos nuestras heridas, les ponemos una tirita y luego las olvidamos. Eso nos obliga a seguir adelante. Gracias por tu

confianza». Él se sintió aliviado de que ella no lo juzgara, sino que lo evaluara: ¡hagamos lo mismo y pasemos una Navidad maravillosa y tierna!

¿Y su secreto? No lo revelarás, ¿verdad?

Shhh, aquí está: ¡Boquito se escapó de su corral en casa de Papá Noel para ser libre! ¡Adiós, arnés! ¡Hola, futuro!

La libertad de sus movimientos en la belleza de estos extensos bosques frente a la seguridad y la ternura del querido Papá Noel: ¡cada uno tiene su sueño! ¡Besos, vida!



8 de diciembre

Érase una vez un ratoncito de campo que se coló en la casa de Julie. Tenía frío fuera y mucho miedo estando solo en su madriguera. De repente, vio un rayo de luz y lo siguió: la puerta se entreabrió por casualidad y entró, algo preocupado por lo que pudiera pasar. Valiente, pero no inconsciente. Rápidamente se dio cuenta de que había un pequeño agujero detrás de la chimenea y se metió ágilmente en él.

A primera vista, era un lugar cálido y lo suficientemente grande para su hogar: se dispuso a acondicionarlo a su gusto y se sintió mejor que en el exterior! ¡La seguridad, el calor y la comodidad eran lo más importante para una vida tranquila y serena! Se puso manos a la obra con entusiasmo y pronto se dio cuenta de que tenía talento para decorar su

nuevo y acogedor nido. Con pequeñas cosas, lo convirtió en un gran todo.

Encontró un pañuelo que consiguió convertir en una suave sábana para la cama gracias a una larga caja de cerillas.

Buscó aquí y allá y finalmente encontró algodón que utilizó como colchón: ¡era ingenioso y muy práctico!

Con otras cajas, guantes y manteles individuales, fabricó un armario y una cómoda, una mesa y una despensa.

Sabía coser y tejer, así que se hizo unos cojines para un sofá mullido, sobre el que apoyaba la cabeza o los pies, y una manta para abrigarse por la noche. Con un guante que deshizo con paciencia, hizo una bonita alfombra suave para su salón. Con la ayuda de un cenicero rectangular plano y grueso y cartón resistente, ¡se hizo una puerta segura! Añadió seis chinchetas y ató tres cuerdas de clips.

Un día de diciembre, exploró un poco más su territorio y vio a una niña que la miraba venir. Las dos pequeñas se gustaron y se abrazaron: la mano de una se aferró a la mano de la otra, ¡se entendieron de inmediato y se aceptaron inmediatamente! ¡Mantuvieron en secreto su encuentro ante los adultos! ¡Era suyo! ¡Un misterio guardado celosamente, ferozmente, valientemente!

«¡Qué bonita eres, ratoncita! Yo soy como tú, ¿sabes?, a veces me siento tan sola cuando mis padres están trabajando...».

Al caer la noche, cuando la niña se sentía sola, Ninon venía a acurrucarse junto a ella y, al amanecer, regresaba a su habitación. Se había convertido en un ritual, una tradición entre ellas. Cada una tenía su vida y sus preocupaciones, su libertad y su intuición, su espacio y sus miedos, sus dulces sueños o sus horribles pesadillas. En resumen, la pequeña humana tenía deberes: colegio y ocio, música y vacaciones.

«Mira mi preciosa mochila: ¡ya soy mayor! No estés celosa, ¡te enseñaré todo lo que sé!».

Esto duró varios años. ¡Una le ofrecía comida a la otra!

Hasta que llegó inesperadamente un regalo muy especial de los padres de la niña aquel día de Navidad.

¡Catastrófico! ¡Espantoso! ¡Aterrador! ¡Horrible! ¡Asombroso!

-Toma, esto es para ti, cariño, pensamos que te ayudaría a combatir la soledad durante nuestros días de viaje.

-¡Podrás divertirte con él! Eres su pequeña dueña, tú te encargas de él, ¡eres responsable de él! Es un ser vivaz.

-Como eres tan sensata y tranquila, ¡estamos seguros de que será una sorpresa estupenda!

-Sí, sabrás cuidarlo bien porque eres sensata.

-¡Oh, la, la, la! ¿Qué es? Uf, ¿puedo abrirlo entonces?

Ella abre el paquete que tiene delante y suelta un sonoro «¡Oh!» de alegría, sin medir las consecuencias para Ninon.

¡Es un... diminuto... gatito! ¡El enemigo número uno de los ratones! Sin embargo, este gatito parecía tan inofensivo.

«¡Tengo que mudarme inmediatamente!», pensó Ninon, perturbada.

De repente, ve algo terriblemente espantoso.

¡Su amiga humana derriba al gato y le pone pilas en el vientre! ¡Uf, solo es un juguete!

«¡Prefiero eso!», pensó el ratón, a pesar de todo, muy aliviado. »

Bailó y saltó en el centro de su habitación protegida.

«Así tendremos una compañera las dos», dijo la niña, divertida por las reacciones de su... ¡adorada ratoncita! »

La «roedora» esperó el momento oportuno para reunirse con su joven amiga: ¡la Navidad es maravillosa al calor de este... gato de peluche!

Ninon saboreó durante mucho tiempo un plato de sobras, para ella era un auténtico festín navideño: pavo, paté, queso, tarta.

A medida que la niña crecía, la ratoncita envejecía: una se fue a un internado y la otra se quedó como guardiana de la habitación.

Minou-matou servía de calefacción a nuestra amiga la ratoncita y, en verano, de ventilador en su apartamento. Aire acondicionado.

La vida cotidiana cambió: Ninon se vio obligada a hacer la compra, ayudada por la adolescente rebelde y tan ausente.

Un día de Navidad, encontraron a la ratoncita bien acurrucada bajo el gatito, protegida y calentita. Alma celestial...

La joven no dijo nada y lloró, luego lo enterró bajo su árbol favorito. ¡Una visión sonriente, un recuerdo de la infancia!



9 de diciembre

Era un día especialmente frío: los copos de nieve no habían dejado de caer densamente, cubriendo con un espeso manto los campos circundantes. De las hermosas mansiones salían volutas de humo, lo que delataba la presencia de seres humanos. En el interior de cada vivienda había una chimenea que calentaba el comedor, donde se encontraba el árbol de Navidad, símbolo de esa fiesta familiar tan especial.

En ese momento tan frío, pocas personas se encontraban fuera en ese universo invernal: la meteorología había anunciado fuertes nevadas y aconsejado a todos que se quedaran en casa en la medida de lo posible. Incluso los

animales estaban calentitos con su comida. El silencio seguía siendo amortiguado, como sofocado. Una extraña atmósfera de paz emanaba de ese decorado mágico de intenso fervor.

Bien calentitos, cerca de las estufas o las chimeneas, el calor era suave: las casas estaban decoradas con adornos festivos para las tres fiestas de fin de año que se sucedían, en un periodo de casi dos meses. El Adviento preparaba las dos cenas que se celebrarían, i , la familiar de Navidad y la otra, la amistosa, del día de Año Nuevo, antes de la Epifanía y su roscón de Reyes! ¡El rojo, el verde, el dorado y el plateado eran los colores favoritos!

En la ventana de una de esas acogedoras viviendas, detrás del cristal con cortinas de flores, se asomaba el carita de una niña inquieta y curiosa. Se llamaba Catherine y esperaba impaciente la llegada de alguien. ¡A quien esperaba no era otro que la próxima llegada de Papá Noel! Intentaba verlo para darle las buenas noches y agradecerle el trabajo que realizaba, silencioso y humilde.

Catherine había construido ella misma su calendario de Adviento: ¡había dibujado en un cartón una casa con muchas ventanas! En el interior había cosas que hacer, poemas que leer, canciones que susurrar, pensamientos que murmurar, deseos que enviar, manualidades que realizar. En el exterior, había números del 1 al 24. Todo era muy alegre, colorido y agradable.

Quería encargarse de decorar el árbol y la mesa con los tres manteles de Navidad, las velas en los alféizares de las ventanas, colocar el belén que su madre había heredado de sus propios padres: figuritas pequeñas para colocar lejos, en las montañas, hechas con papel roca, y otras de tamaño mediano en la llanura, donde se encontraba el pesebre con su estrella brillante.

En la parte inferior, los santones más altos representaban la artesanía en general, el pueblo provenzal en el puerto, con trece postres.

Las costumbres y tradiciones de nuestros antepasados

permanecerán en este mundo mucho después de nosotros, en contacto directo con las tradiciones seculares.

Desde que su madre le susurró que ÉL vendría esa noche, ella esperaba su llegada. Ella misma había confeccionado el pequeño belén, decorado el árbol tan luminoso, leído el calendario de Adviento, noche tras noche, coloreado las tarjetas personalizadas para colgar en los regalos y ahora solo tenía una prisa, la de estar en sus brazos, protegida y abrazada: lo mejor de lo mejor en pleno invierno.

-Qué ganas de que Papá Noel llegue por fin a nuestra casa, se está haciendo esperar, ¿verdad, mamá? ¡Estoy muy impaciente!

-Sí, mi pequeña, tienes que esperar tranquilamente, estoy segura de que no se olvidará de ti por el camino, ¡créeme!

-Yo también lo espero: ya echo mucho de menos a papá, así que si él también me falla, ¡no es justo! Nuestra vida es triste sin ellos. Lo he decorado todo, ¡solo faltan ellos!

Susurrarle secretos al oído, pedirle regalos si es posible, saber si los duendes se divierten en las batallas de bolas de nieve, si los renos son felices en su bosque. De repente, entre la caída de los copos, oyó el característico sonido de unas campanillas y abrió mucho los ojos. Delante de ella, en la acera, acababa de aparcar... ¡un trineo!

¡Lo tiraban unos... renos! De él bajó un hombre vestido de rojo con ribetes de piel blanca: ¡era Papá Noel! ¡Era grande, gordo, enorme! Le dio la espalda y cogió un saco y unas bolsas muy pesadas. Miró su libreta de pedidos, comprobó la dirección y se dirigió directamente... ¡al barrio! ¡Qué mala suerte! ¡No había venido solo por ella!

Sin embargo, ¿no había sido tan mala este año? Se había calmado, había reflexionado. Incluso había hecho progresos e es en la escuela, así que, ¿por qué? Por más que lo pensaba, no encontraba la respuesta. Estaba tan preocupada que se fue a acurrucarse en el gran sillón de su padre, cerca del árbol de Navidad. Fue entonces cuando un sonido inesperado resonó en sus oídos: ¡alguien llamaba a la

puerta!

Fue a abrir la puerta mecánicamente, con el corazón encogido.

Abrió lentamente y... idio un salto hacia atrás por la sorpresa! ¿Era él? ¡Se le echó al cuello y le dio muchos besos! Era tan mágico: estaba allí, lo tocaba, ¡era él! ¡Todavía le costaba mucho creerlo! «¡Qué Navidad tan bonita!», pensó. Feliz Navidad a todos, ¿quizás venga a vuestra casa? Acompañado de todos sus pequeños duendes que le ayudan cada año...

¡Compartan momentos cálidos y hermosos en familia!



10 de diciembre

«¡Un muñeco de nieve se escapa!», grita el vendedor de revistas. Llama a los transeúntes y posibles clientes con voz estentórea. «Titular del Journal de la Forêt: ¡lean el artículo inédito, señoras y señores!». Lisa y Jujube pesan avellanas para sus compradores y leen la anécdota del día. Les encantan. «¡El muñeco que han podido admirar esta semana en el Carrefour des Trois Chênes ha desaparecido!».

Se miran muy sorprendidos. Son simpáticos detectives aficionados en su tiempo libre. «¡Nadie lo ha vuelto a ver desde hace casi dos días!». Esto es inaudito, a pesar de las investigaciones realizadas por la policía. La inquietante

preocupación se palpa entre el grupo de amigos muñecos de nieve que intentan alertar a la población. «¡Se hace un llamamiento a todos nosotros!». El dúo se hace eco de este inquietante suceso.

Su futura compañera lanza un grito desgarrador a todos los que se hayan cruzado en su camino, a todos los medios de comunicación, asociaciones y políticos.

«S.O.S. al... para cualquier pista fiable, abstenerse los que no sean serios, gracias de antemano. Lo espero con la esperanza de volver a verlo pronto».

-¡Vaya, dime! ¡Menudo revuelo... Y tan cerca de Navidad! Pobrecita, abandonarla así... Justo antes de su boda: por cierto, ¿no crees que quizá sea por miedo a equivocarse? ¡Hay gente que lo ha hecho en el pasado!

-¡Ya lo has dicho, qué lío! Tu observación es acertada, huir no soluciona nada. A veces hay que afrontar la realidad.

-¿Y si estuviera deprimido, enfermo, quién sabe?... ¡Puede que se olvidara de escribir una nota de excusa, porque la policía no encontró nada!

-Tienes razón, ¡pero aun así! Antes de irte, te despidas de alguien, explicas tu gesto. Aquí, nada de nada, ¡iniet!

-Sí, es extraño... ¿Y si lo buscamos los dos? ¡Vamos, nos convertiremos en expertos, en profesionales de los enigmas!

-Después de todo, ¿por qué no? Durante nuestro tiempo libre: al menos es por una causa humanitaria y ecológica.

Recogieron su puesto y se abrigaron bien, deportistas amantes de las carreras de montaña, espeleólogos de formación.

Allá fueron a investigar: en su juventud, habían resuelto algunos casos espinosos. Se habían conocido en la academia de policía urbana y se habían unido para toda la vida. Antes de jubilarse tranquilamente en este rincón del campo, la pareja de exagentes se había reconvertido profesionalmente y se dedicaba a vender productos frescos en los mercados.

Escuchando con atención todo lo que se decía, repitiéndose como un eco a derecha e izquierda, obtuvieron diversas

pistas.

Husmeaban, dirigiéndose al último lugar donde se había visto al sospechoso antes de darse a la fuga. Poco a poco, se alejaron de allí y entonces... ¡a los pies de Lisa, su pipa y su sombrero redondo! «¡Vaya, vaya!». Jujube, por su parte, descubrió en dirección opuesta su pañuelo y su escoba. Cada vez más extraño, muy enigmático incluso... Daban vueltas en círculo, lo sabían y no les gustaba nada.

«Oh, sí». Se preguntaban por esas pistas, esos últimos rastros que habían dejado allí: «¿Por qué en oposición, en inversión?».

Los cuatro botones estaban esparcidos en el fondo de un profundo barranco: un agujero se abría ante ellos.

¿Y si... se había caído dentro? Era posible.

¡Sin pensarlo dos veces! ¡Se ataron con cuerdas y bajaron rápidamente!

Entonces entraron sigilosamente en una inmensa cueva y lo que descubrieron fue realmente sorprendente, ¡especialmente impactante!

¡Asombroso! ¡Impresionante! Gran arte. Admiración. Me quito el sombrero, ¡gran respeto! ¡Uf, uf!

¡Lisa y Jujube lo habían descubierto, muy a su pesar!

Este intrépido y rebelde desaparecido había venido a acondicionar y decorar su futuro espacio vital en el más absoluto secreto: era su regalo de Navidad para su preciosa prometida, ¡ya que se querían mucho los dos! Los detectives aficionados abrieron mucho los ojos ante lo magníficamente realizado que estaba: ¡un nido sereno!

Le elogiaron y le revelaron lo que estaba pasando fuera de su futuro hogar una vez unidos.

Al principio se rió, pero luego se entristeció por haber hecho infeliz a su amada. ¿Cómo podía pedirle perdón?

Pensó en el congelador, que los mantendría frescos, muy fríos, ¡helados hasta el próximo invierno! ¡Ja, ja, ja!

Todo lo que acaba en el congelador está tan fresco... Abrazados tiernamente... ¡Congelados y helados hasta el frío glacial de la temporada invernal!

Se emocionó con sus palabras y los tres se dirigieron al ayuntamiento para dar un «sí» unánime y radiante. El Adviento de cada uno de ellos llegaba a su fin, el misterio se había desvelado y la ceremonia era tan pintoresca como su amor. La Navidad reunió a los esposos, sus testigos y sus amigos, haciéndoles bailar toda la noche bajo un cielo tan estrellado como sus miradas... ¡hasta la madrugada, cuando se encerraron en su espacio congelado!

Queridos nietos, esto no es más que un cuento mágico: no intentéis la aventura o la experiencia de meteros en un frigorífico o un congelador, que solo están hechos para muñecos de nieve de jugueta.



11 de diciembre

Érase una vez una anciana muy solitaria, a la que llamaban la Bruja, que arrancaba plantas y las ponía en una gran cesta de mimbre a lo largo de su camino. Llevaba un gran vestido negro y un pañuelo en la cabeza: no hablaba con nadie, excepto con los animales. La visitaban cuando la necesitaban, pero si no era así, la señalaban con el dedo y se burlaban de ella. ¡Pero ella era libre!

Sí, los aldeanos y los campesinos tenían obligaciones.
¡Ella seguía siendo libre! ¡Asumía su vida! Sin embargo, un

día pasó por el bosque la caza del rey. Un caballo picado por una serpiente se volvió loco y arrastró a su jinete en una carrera e e demencial: por suerte para el hombre, la bruja estaba allí! De repente, gritó, manteniéndose erguida en el camino, frente al animal desbocado. El caballo, como por arte de magia, se detuvo en seco a pocos pasos de ella.

¡No había tenido ningún miedo ante aquel corcel enloquecido!

El jinete fue desmontado rápidamente, pero se alegró mucho de que por fin se detuviera. Se levantó ágilmente y le agradeció calurosamente su valiosa ayuda. «¡Me ha salvado la vida, mujer! ¡No lo olvidaré!». El incidente quedó zanjado. Ella hizo una reverencia al marcharse. Pasó el tiempo. Las estaciones se sucedían con regularidad y la dama continuaba con sus actividades cotidianas, muy menuda.

Durante todo el verano, recorrió los senderos en busca de hierbas para secar y preparar sus remedios, jarabes y otros bálsamos.

Unos meses más tarde, en pleno invierno, dos guerreros llegaron al pueblo preguntando por la Bruja: ¡querían verla inmediatamente! Al doblar el camino, le ordenaron que los acompañara al castillo del rey sin demora. Ella los escuchó y asintió con la cabeza. Se subió con ellos a lomos de uno de los caballos, llevando consigo su equipaje de herbolaria y curandera.

Como hacía mucho frío, se había envuelto en una capa. Finalmente llegaron al castillo del rey y la llevaron directamente ante él y su corte, adornada con oro y plata.

-Mujer, me ha llegado la noticia del prodigio realizado por mi hijo, príncipe y heredero. Pero ¿sabrás hablar con el orgulloso dragón que acecha parcialmente mi reino?

-No sabré responder sin verlo con mis propios ojos, señor.

-¡Me siento impotente ante esta situación tan delicada!

-Antes de pronunciarme, debo hablar con él. ¿Dónde está vuestro dragón tan salvajemente diplomático? ¡Traedlo aquí!

El rey toma su cetro y lo apunta hacia ella, lleno de astuta clemencia, hermosa arrogancia y hastiada bajeza:

-¡Se ha escondido en lo más profundo de una enorme caverna situada en el interior de la Montaña Azul, te lo digo yo! ¡Ve a ver!

-No puedo hacer nada, Majestad. Me mantengo firme en mi postura.

-Le ofrezco dos de mis emisarios que le llevarán a su domicilio y le esperarán durante tres días.

-De acuerdo, en este caso de extrema urgencia, gracias, señor rey.

-Bien, zorra, aquí los tienes. Vete con ellos.

La llevaron allí: subió por el sendero hasta la altura de la cueva y luego hasta su entrada. Silbó tres veces, dejándola ir: los hombres de su guardia se habían escondido bien detrás de las rocas, encarnando a unos auténticos malhechores. Estaba sola frente al animal, que mostró primero la cabeza, luego el cuerpo y finalmente la cola. Era un animal fantástico, orgulloso de su fuerza, pero en absoluto malo, astuto o malvado.

Tras un largo diálogo muy gutural, interrumpido por breves ruidos bastante extraños, le ofreció una poción de color marrón oscuro y vio aparecer ante ella, atónita, haciendo desaparecer definitivamente la envoltura de la bestia, ¡a un hombre apuesto con una armadura de fuego! ¡Era el hechizo de una antigua maga! Los soldados quedaron paralizados como estatuas de cera, sin reacción, aturdidos para el resto de sus días.

El guerrero se arrodilló, extendiendo su espada con una mano y tocándole la mano con la otra: ¡el milagro se produjo!

La bruja con capa y capucha dejó de existir y murió allí mismo.

Una joven damisela se materializó en su lugar ante los ojos atónitos de los guardias del rey. La pareja partió en un semental negro, saludada como era debido por los militares

del rey. Solo un hombre tenía el corazón lleno de tristeza: ¡el hijo del rey! Amaba en secreto a esa mujer, cuya vida le pertenecía desde que la salvó in extremis del precipicio al que podría haber caído. Se reprochaba haber esperado tanto...

Esa mañana, la nieve caía en pequeños copos blancos que amortiguaban el ruido de los cascos del caballo bayo. El príncipe vagaba sin rumbo fijo por los caminos del reino. Vio una cabaña de leñador y detuvo su solitario recorrido. Desmontó y ató su montura a un poste. Dudó un momento y luego llamó a la puerta de roble sin tratar, necesitaba un líquido caliente antes de emprender el camino de vuelta.

La puerta se abrió de par en par y la vio venir hacia él sonriendo.

Era su viva imagen: «¿Cómo es posible? ¿Estoy loco? ¿Es un encantamiento?». Le besó su delicada mano y le dijo: «¿Quieres casarte conmigo, la más bella entre las bellas?». Ella asintió con la cabeza, muda de alegría, encantada con la oportunidad, y le respondió: «¡Oh, sí, te he esperado durante tanto tiempo!». Una vez terminado el primer hechizo, este se repitió en el segundo dúo: ¡idos hermanas para dos príncipes!

Llevando a los amantes locos de felicidad, el caballo bayo les sirvió de montura hasta el castillo, donde vivieron felices para siempre, de Navidad en Navidad.



12 de diciembre

En el Reino de las Nieves se encuentra el Palacio de los Espejos, habitado por la Princesa del Frío. Esta poseía un territorio helado con nieves eternas, cabras montesas, marmotas y osos como compañeros y renos para su trineo. También tenía un , una galería de arte de un tipo especial: allí guardaba enmarcados a los desafortunados que habían llegado hasta allí, como hermosos ejemplares de la raza humana.

Los acogía, los alimentaba, los dormía y acababa convirtiéndolos en prisioneros de esos lienzos maléficos. Era la rueda de su destino, inmutable, que marcaba su credo final. Un día pasó por allí un admirable cazador solitario, valiente, orgulloso y extranjero. ¡Era de una belleza paralizante! La princesa se enamoró de él y se mostró tal y como era, ¡una joven de belleza deslumbrante!

Pero al cazador no le importaba, ¡él amaba a otra! Se mostró solo educado, sereno, reservado, adorablemente distante.

Ella se fue a consultar a su espejo en una fuente manantial: «Tú, que nunca me has mentido, ¡dame la apariencia de esa chica!». ¡Dicho y hecho! Se transformó en una joven doncella, recién salida de la infancia, y se encontró menos guapa que en realidad era, lo que la reconfortó un poco. Así supo lo que era la envidia.

Esperó pacientemente a que su huésped se durmiera solo en su lecho para llevar a cabo su plan de amor entre ellos.

El cazador enamorado se reponía y se acostó: durante la noche, sintió un cuerpo cerca del suyo y una voz inolvidable para él. Se despertó al amanecer, agotado pero satisfecho, desorientado pero feliz de ver a su amada a su lado. Estaba delirando, pero cuando su cerebro volvió a funcionar con normalidad, saltó de la cama para escapar del hechizo que lo atrapaba. ¡Se dio cuenta y lo comprendió!

¡Se había dejado llevar, había caído en una trampa!

La princesa, volviendo a ser ella misma, le agradeció con languidez su ardor y su energía... Había pasado una noche increíble... ¡Se volvió loco de dolor y culpa y, agarrando su daga, cometió la imprudencia de apuñalarla. Al instante se

convirtió en una estatua de mármol y pasó a adornar la galería de arte. «¡Triste destino para un cazador tan valiente y un amante tan delicado!», pensó ella con ternura, acariciándole el vientre.

Unos meses más tarde, nació un hermoso niño, seguido de una preciosa niña: ¡la princesa estaba encantada!

Por ello, decidió deshacer el hechizo en Nochebuena y envió al padre biológico de vuelta con sus amantes en Nochevieja. Le mostró los sublimes frutos de su noche tan sensual e inolvidable para ella. Él se escandalizó por la estratagema, pero se alegró de recuperar su libertad. Cabalgó hacia la llanura donde le esperaba su futura esposa, aún con las palabras de la princesa-bruja resonando en sus oídos:

«No le revele nada a su bella damisela, que no sabrá nada de nosotros ni de mí por mi parte, y vivan felices los dos gracias a las monedas que les doy por mi gran afecto y respeto hacia ustedes. De este modo, compro su silencio y, al callar, me aseguro el suyo mediante una discreción mutua.

—Gracias, princesa, pero este secreto será muy difícil de guardar para mí, sabiendo lo que sé de mis pequeños. Busquemos una solución más equitativa, ¿le parece? ¿Un posible derecho de visita?

—¡Ojalá me hubieras amado como a esa humana! Lo siento, pero soy fatalista, ¡ay! Es mejor romper.

—No puedo, ¡mi corazón está comprometido para siempre! Soy el primer marido y estoy confundido, ¡créeme! Quizás no tan claro.

-Sí, lo entiendo perfectamente, por eso intento redimirme a mi manera con esta dote, ¡deseando tu felicidad!

-Es muy amable: cuidaos mucho los tres y sed vosotros mismos, sin subterfugios sentimentales. Dejad eso.

-Lo pensaré a su debido tiempo, ¡lo prometo! En cuanto a nuestros gemelos, si vuelven aquí los verán grandes y guapos.

-Sí, pero como me sugirió antes, no sería muy justo ni para usted ni para mí ni para ellos.

-Entonces separémonos como buenos amigos, compartiendo un hermoso secreto.

Después, fue una historia completamente diferente: llena de

esperanzas y amor maternal solo para ella, que se había enamorado de él y había caído en su propia trampa, la del amor! Toda su empatía fue para sus dos hijos y se convirtió en una madre impecable y llena de paciencia, humildad y afecto. ¡Algo que nunca había conocido! ¡Creció al mismo tiempo que ellos dos, entre fiestas y tradiciones!

Más tarde supieron que su padre, que nunca estaba presente, no había regresado de una partida de caza en un hermoso día nevado.

¡Nunca supieron la verdad sobre ese ser fantasmal!

Él solo reapareció cuando se jubiló, ya que ahora estaba solo. Su mujer había fallecido y sus hijos se habían dispersado por el mundo.

Vivieron con ternura sus últimos momentos juntos.

espirituales durante los 24 días de fiesta y mucho amor. La fe de una vida llena de afecto apasionado era el mejor camino hacia una vida feliz. Sus dos hijos casados se marcharon lejos de ese territorio helado, felices de dejar a su madre sola con ese extraño tan bondadoso. Durante las veladas, recuerdan... las costumbres que su madre les había inculcado, basadas en la naturaleza, los ritos



13 de diciembre

Hoy Papá Noel está todo dolorido, ha dormido muy mal y está de mal humor. Todo va mal desde que se levantó: la taza de café estaba demasiado caliente, icasi se quema! ¡Ay, ay, ay! ¡El croissant estaba duro y la mantequilla congelada! Se va a lavar: ¡la pastilla de jabón se cae al suelo y se cuela debajo del lavabo! ¡La toalla cae sobre la alfombra del baño, que resbala sobre el suelo encerado ayer!

«¡Ahhhhh! ¡Oohhh! ¡Bum! ¡Ay, ay, ay! ¡Patatras! Ay...».

Ahí está, levantándose como puede, más bien mal que bien, por cierto, no ve la puerta abierta del armario de arriba y se golpea literalmente la cabeza contra ella. «¡Ay, ay, ay! ¡Maldita sea!». ¡Menudo moratón! «¡Me duele mucho la cabeza! ¡Ay, ay, ay!». ¡Está muy aturdido en ese momento de descuido! Coge su vaso para los dientes, lo llena de agua y se toma una aspirina.

Se va a cambiar a su habitación: los pantalones con tirantes no se le quitan, tira de ellos exasperado y... ¡crac! Pierde el equilibrio y vuelve a caer al suelo con bastante fuerza, ¡con una pierna del pantalón en la mano! Se levanta, apenado y aturdido, tambaleándose, gritando, gruñendo: «Grrr... ¡Qué tonto soy!». Murmura y refunfuña, malhumorado: «¡Qué ganas de acostarme, hoy no es mi día!».

Después de encontrar por fin unos pantalones limpios, necesita una camisa adecuada. Se pone una camisa: ¡no tiene botones! Es obra de una pequeña ardilla que se los ha llevado para jugar a los huesos. Se pone los calcetines, ¡están agujereados! «¿Quién me ha hecho esto? Luego se calza las botas bien lustradas: ¡un ratón se ha colado en ellas durante la noche y le muerde uno de los dedos del pie! ¡Oh, no!

De repente, sus calcetines están agujereados: «¡Qué mala suerte!».

Suspira, desilusionado: «¡Hoy estoy maldito! Eh, ¿cuál es mi agenda?». Abre la puerta y... ¡le cae encima una tonelada de

nieve! «¡Y sigue! ¡Buu, estoy maldito!». Pone el pie en el escalón de la puerta y se va de cabeza, iacabando con la cara enterrada en la nieve polvo! «¡No! ¡Estoy harto!». Está aturdido, tiene frío, sufre física y mentalmente.

«Pobre de mí, ¿qué he hecho para merecer tal castigo?».

Intenta varias veces salir de esa situación, por lo menos resbaladiza, y finalmente se levanta como puede. Se sacude la nieve de la ropa, gruñendo, haciendo muecas y tosiendo. Un simpático lirón, el más joven de la camada, creyendo que quería jugar, ile bombardeó con bolas de nieve! «¡Bah! ¡Al fin y al cabo, la juventud tiene que pasar! ¡Y hoy tengo mala suerte!».

Se subió la nariz y las mangas y le devolvió golpe por golpe, bola por bola. «¡No, pero mi paciencia tiene límites!».

«¡No, no, no y no! ¡Ya basta por esta mañana en la que todo sale mal!», se enfadó, pisoteando con sus botas. «¡Estoy más que cansado de todo esto!». Resopló, furioso.

«¡Sinvergüenza, granuja, granuja! Si te atrapo, lo pagarás, de verdad. No tardarás en recibir tu merecido, grandullón. Ya verás lo que te espera en Navidad. ¡Una bonita invitación al Padre Fouettard! ¡Te lo habrás ganado!».

Cuanto más gritaba, más se sonrojaba.

Gesticulando y gritando, Papá Noel está enfadado, tan visible como su traje festivo. ¡Oh, vaya! El pequeño Lirón se unió al Pequeño Ardilla, que se alejaba rápidamente hacia su árbol, bien protegido por el follaje y en su agujero del tronco, emitiendo pequeños gritos de pánico, pero risueños. ¡Nuestro hombre está ahora sin aliento y sudando! « ¡Qué día, Dios mío! ¡Que termine pronto! ¡Estoy agotado por estos incidentes!».

Se secó la frente con la manga y se puso a rezar al cielo.

Al oír estas palabras, actos y pensamientos, Dios se le apareció y, mirándolo desde lo alto, le respondió con sorna:

«No hay humo sin fuego, tanto en sentido propio como

figurado. ¿Acaso has olvidado algo por casualidad?».

«No veo nada... ¡Oh, Dios mío, eso no, no!».

Entonces, Papá Noel recuerda que ha dejado la sopa cocinándose desde por la mañana. Corre como un rayo a la cocina. De la olla sale un líquido negruzco y nauseabundo: ¡ha quemado la cena! Chamuscada, quemada. Por suerte, no ha manchado la pared ni ha dañado el tubo de la cocina de leña. Sí, ¡ha tenido mucha suerte! ¡Su casa está intacta! ¡No hay que lamentar ningún incendio ni ningún herido!

«Aunque estoy abatido, ¡les agradezco su ayuda!».

Se lleva las manos a la cabeza, triste y abatido por tanta adversidad: «¡Nada es igual desde que se fue Mamá Noel!».

¡Cómo la echa de menos cada día más! Y allí, solo, se da cuenta de sus errores... cuando... una mano se posa sobre su hombro. ¿TÚ? ¿Está soñando despierto? «Sí, ¿estás bien?». Lo abraza y lo besa: «¡No te dejaré marchar nunca más, jamás!».

«¡Solo quería que te dieras cuenta de que aquí somos dos!».

¡Feliz Navidad!



14 de diciembre

Era, una vez por todas, la historia de un energúmeno.

Era un muñeco de nieve que tenía frío y buscaba un lugar donde calentarse. ¡Pero no sabía dónde!

No quería quedarse solo, esperaba compañía.

A duras penas, intentó entrar en el primer pueblo que encontró. No era fácil. Este bonito pueblo se había cerrado en sí mismo, y los perros ladraban en la noche ante cualquier intrusión. La campana de la ciudad repicaba a todas horas del día y de la noche, indicando la hora. Miró por las ventanas de las casas, pero todos permanecían calentitos en sus hogares, junto a una buena chimenea.

Mientras observaba las casas, soñaba con un calor afectivo.

La nieve y el frío azotaban el exterior desde hacía una semana: el clima era duro ese invierno. Incapaz de quedarse allí ni esperar ayuda alguna de esa población cerrada, prefirió marcharse y no perder más tiempo. Más lejos, se cruzó con el camino de otro pueblo: coqueto, todo de piedra, tenía cierto encanto. Aislado, vagó por las calles y solo se encontró con un anciano mendigo bajo el pórtico de la iglesia.

Balanceándose, se acercó a él, sereno, fuerte en su fe.

Este le dijo sin rodeos que allí no había sitio para dos y le pidió amenazándole que se marchara de donde había venido. Al final, lo hizo para no empeorar la situación. Por el camino, llegó a una tercera aldea que vivía al aire libre: ¡la gente no temía al frío, sino que se divertía con él! Era un contexto innovador para este hombre helado que se cuestionaba el mundo.

¡Esas personas, grandes y pequeñas, se divertían con la nieve!

Muchos niños se lanzaban bolas de nieve a los adolescentes que los desafiaban, mientras que los adultos se reunían en la plaza del ayuntamiento: ¡comían castañas calientes en

cucuruchos y bebían vino con hierbas! Su calor los revitalizaba frente al terrible frío que los rodeaba. Era un e o cotidiano positivo. Su alegría se transmitía de unos a otros con un entusiasmo contagioso e inquebrantable:

-¡Qué gracioso eres! Eres un verdadero ángel de la guarda para mí, me proteges muy bien esta tarde.

-¡Convertirse en un diablo y tirarle de los pies, qué idea tan original y descabellada! Pero ha surtido efecto.

-Sí, pero ahora que ha terminado la fiesta de Halloween, nos toca competir con ideas para el Adviento y su pan de jengibre, la Navidad y su tronco, el Año Nuevo y luego los Reyes Magos y su roscón.

Estaban de muy buen humor y las bromas se sucedían, dando lugar a chistes y ocurrencias. Reían a carcajadas.

Un gran muñeco de nieve se acercó tranquilamente a ellos, haciendo que huyeran en una grotesca estampida: vasos rotos, cucuruchos volcados, servilletas esparcidas. Solo uno, un chico orgulloso, se quedó frente a él. ¡No sentía ningún miedo! Uf, uno que está dispuesto a hablar conmigo. Paulo, como se llamaba, le sonrió con calma: le preguntó qué le había llevado hasta allí, con toda cortesía e inteligencia, con humildad.

El muñeco de nieve lo miró con aire burlón, intrigado por saber por qué no había tenido miedo.

«¡Porque sé que eres amable y ya no puedo caminar!», respondió guiñándole un ojo con picardía, mientras se quitaba una manta de las piernas inertes. En su miseria, aunque diferente, eran dos. «¡He venido a calentarme porque tengo mucho frío, ya ves!». La nieve ya no caía. El silencio los rodeaba, formas nebulosas bajo un cielo estrellado, uniéndolos.

«¿Por qué tienes las piernas tan inmóviles e inertes?». El chico le mostró un porche que les protegía. Él respondió amablemente : «Sufrí un shock traumático en un accidente de coche en el que perdí a mis padres». Los dos se entendieron a medias palabras, iuna verdadera amistad

entre dos solitarios nacía de forma natural! Uno loco y el otro discapacitado se confiaron el uno al otro, y su tristeza se convirtió en complicidad.

El niño pensativo le respondió muy suavemente:

«Te presto mi edredón si quieres, pero te arrepintirás amargamente: ¡te derretirás! Todo es una elección en este mundo».

El gran muñeco de nieve lo pensó y le respondió:

«¡Qué le vamos a hacer, correré el riesgo!». Y se metió rápidamente dentro, satisfecho de la comprensión de aquel joven humano tan sabio.

«Tienes razón, hay que avanzar juntos: ¡quien no arriesga, no gana en estos tiempos!». El muñeco de nieve, conmovido por el gesto del niño enfermo, lo abrazó y ambos se metieron bajo la cálida colcha. «Estamos bien, ¿verdad?». Y se acurrucaron debajo, hablando en voz baja, escuchándose. «¡Oh, sí! ¿Dormimos un poco, te parece? Estoy cansado de esta caminata interminable hasta llegar hasta ti».

Mientras se derretía, el gran muñeco de nieve frío revivió las piernas del pequeño Paulo: ¡acababa de ofrecerle, al derretirse, su mejor regalo de Navidad! El frágil niño pudo volver a caminar: cada Navidad, reza por su amigo. ¡Un milagro afectivo había nacido en la tristeza positiva espiritual!



15 de diciembre

Había un pequeño calendario de Adviento que se había escapado del paquete de sus hermanos y hermanas, colocado en el mostrador de la tienda de la ciudad. ¡Había mucho movimiento en el pasillo central, bien decorado! A la cajera le gustaba mirarlo y ofrecérselo a los clientes habituales. Estaba colocado entre paquetes de coloridos es de papillotes y tazas llenas de chocolates y galletas especiales de Navidad.

Los clientes, atraídos por los colores brillantes de estos bonitos calendarios de bolsillo, los añadían a sus compras navideñas: ¡seguro que alguien de la familia, los amigos o los conocidos estaría encantado de recibirlo! Llamaban la atención por su verde intenso, su rojo llamativo, su blanco inmaculado y sus brillantes tonos dorados y plateados. Era una época alegre, bulliciosa y, sin embargo, envuelta en una suave ternura.

El último se había desvanecido poco a poco, deslizándose sigilosamente entre dos compradores apresurados, y acabando no en una de las bolsas, sino simplemente en el suelo: se alejó de los pies humanos presentes, escabulléndose rápidamente hacia las estanterías donde no había mucho movimiento. ¡Se marchaba a descubrir el vasto mundo que tenía ante sí! «¡Uf, qué susto!».

Como nadie le prestaba atención, se sintió libre y miró a su alrededor: lo que vio no le gustó mucho. Le acechaban muchos peligros: decidió salir al exterior y, aprovechando una corriente de aire, se sorprendió al aterrizar en la acera. ¡Mal le salió! ¡El viento, el frío y la nieve lo confundieron! «¡Brrr! ¡Qué frío hace! Me voy a poner enfermo».

¡La calle no estaba tan iluminada como la tienda de regalos! «¡Qué temperatura! ¡Hace un frío glacial! ¡No voy a sobrevivir!».

La noche le hizo parpadear: ¡le asustó toda esa oscuridad a su alrededor! «¿Cómo volver a esa tienda tan iluminada y con un ambiente tan acogedor?». Se refugió al pie de una

farola y fue alcanzado por un magnífico chorro de pis procedente de un enorme perro. ¡Apestaba muchísimo!

«¡Qué mala suerte tengo!». Se lavó en un charco de agua y castañeteó los dientes: ¡qué frío hacía en esa avenida!

¡Y entonces se levantó el viento que bajaba de las montañas cercanas! No le quedó más remedio que meterse en una gran cesta de mimbre que había en el suelo, esperando a que el propietario abriera el maletero del coche y lo metiera dentro: ¡por fin estaba a salvo! El interior era cálido y cómodo. ¡La aventura continuaba de forma más positiva para él, después de todas esas rocambolescas peripecias!

Había encontrado un hueco entre dos regalos envueltos con cinta y un paquete de bombones de chocolate envueltos en papel metalizado.

«¡Qué buen olor! Mejor me acomodo aquí tranquilamente».

El coche arrancó con un joven al volante y se detuvo unos minutos más tarde en una calle estrecha, aparcando.

El señor en cuestión desempaquetó las bolsas de la compra nada más llegar a su casa y las apiló sobre la mesa de la cocina.

«¡Vaya, no me acuerdo de este!». Al ver ese calendario maltratado, le dio pena y lo planchó con su plancha para alisarlo, idejándolo mucho mejor! También le ofreció un lugar privilegiado colocándolo sobre la repisa de la chimenea, ¡en un lugar bien visible! ¡Estaba muy contento de haber llegado hasta allí! «¡Me he ganado la oportunidad de sobrevivir a todos los peligros gracias a mi valentía y mi oportunismo!».

¡Estaba muy orgulloso de sí mismo, el muy granuja! «¡Qué bonita Navidad voy a pasar en su compañía!». Tenía la casa para él solo cuando el hombre estaba en el trabajo. ¡Era el nirvana! Pensó en los suyos durante la misa televisada y rezó para que estuvieran encantados con su futuro. Y las fiestas transcurrieron entre cenas y sabores, bailando, brindando, deseando felicidad y éxito...

Pasó un año lleno de alegría... ¡hasta la siguiente Navidad! El joven la convirtió en un auténtico motivo de celebración festiva.

Nuestro pequeño calendario de bolsillo, junto con otros más antiguos, fue colgado en el árbol de Navidad de plástico. ¡El hombre había sido despedido del departamento administrativo donde trabajaba! Al tener menos ingresos, se le ocurrieron ideas para decorar su casa. Recibió solo a unos pocos amigos de verdad que vinieron a compartir buenos momentos con él. ¡Así conoció a una simpática joven con la que se comprometió!

Los dos desmontaron el árbol y guardaron todos los pequeños calendarios en una caja acolchada encima del cartón hasta... ¡el año siguiente! Luego continuaron con esta bonita tradición durante muchos años... para el disfrute de grandes y pequeños... ¡la familia crecía a medida que se sucedían los acontecimientos familiares, cotidianos, relacionales, profesionales y amistosos!

Poco a poco, estos pequeños calendarios se convirtieron en guirnaldas, de decoración del belén o de los menús.

El nuestro se escapó y cayó en la papelera.

Curiosamente, tuvo un final genial gracias a la adolescente de la casa, que lo convirtió en una bola de colores. Adornado con alas y un hilo dorado, permaneció en su familia adoptiva y se sacaba cada año durante las fiestas.



16 de diciembre

Ludmilla era una niña de ocho años muy intrépida y valiente. En ese día festivo, había quedado con sus compañeros de colegio para hacer una auténtica batalla de bolas de nieve: estaba deseando llegar a tiempo para participar. Se puso el abrigo, el gorro, la bufanda, las botas y, por , los guantes: estaba lista para la pelea. Llamaron a la puerta y se encontró frente a su amiga.

-Hola, Ludmilla, ¿cómo estás? ¿Has terminado los deberes de estas vacaciones de invierno? ¡Son difíciles, al menos para mí!

-Bien, ¿y tú? Sí y no, hay demasiadas. ¿Vienes a la batalla de bolas de nieve en el campo grande? Nos ayudaremos mutuamente si quieres.

-¡Claro, no me perdería esta excelente oportunidad de divertirme! ¡Pero la profesora se ha burlado de nosotros!

-Bueno, es una adulta que pone a prueba nuestras capacidades intelectuales.

-Hay muchos ejercicios. Podría habernos puesto menos matemáticas y un libro para leer a cambio.

-Ah, Charlène, los mayores son así, hay que aguantarse. Cuando estemos en su lugar, quién sabe lo que haremos, quizá algo mucho peor para vengarnos de nuestras frustraciones actuales. ¿Quiénes seremos? ¿Qué haremos, manifestaciones en la calle? No lo sabemos.

-Es verdad, tienes razón. ¡Mira, ahí está Dimitri! ¡Hola! ¿Quién te acompaña? Ah, ¿es tu primo? ¿También viene él? Bien, ¿cómo se llama? Vladimir... Vale, ¡hola a los dos! ¡Somos Ludmilla y yo, Charlène! ¿De dónde vienes, de la inmensa Rusia? Aquí te recibe Saboya, nos gusta descubrir a otras personas.

Hola. Tú eres Vladimir... ¿Formamos equipo entonces? Si quieres, no te obligo, ¿sabes? ¿Hablas francés o no?

-Sí, hablo francés, vivo en San Petersburgo, estudio en el colegio francés, soy franco-ruso. Sí, formemos equipo, no hay problema. ¡Será el clan de las isbas rusas contra el grupo de los chalets de nieve! ¿Qué os parece? ¿Nos ponemos manos a la obra, unidos?

-Suenan bien, en cualquier caso. Vale, ¿por qué no? ¡Os vamos a pulverizar, palabra de saboyano! ¡Seguro y sin hacer trampas, ya lo veréis! ¡Que ganen los mejores!

Se ponen en marcha los cuatro, felices, riendo y bromeando. Todos se reúnen en el lugar de encuentro, ligeramente alejado de su pueblo, y se forman dos grupos: cada uno delimita su terreno y los enemigos construyen su muro de barrera. ¡Están listos! Se da la señal y la batalla comienza con ferocidad. Se nota la motivación y las ganas de ganar de los jóvenes participantes, que se dejan llevar por el impulso del juego de lanzamiento.

¡Otras tropas de amigos construyen su obstáculo de la misma manera! ¡Ellos también quieren luchar! ¡Escuela, instituto o colegio!

Los adultos los observan desde la acera, animándolos, aconsejándolos, llevándoles provisiones: ¡la merienda! Genial.

Algunos padres entrenan a su equipo dándoles información práctica, a otros les gustaría estar en medio de la batalla. ¡Cuántos recuerdos, esas batallas campales de bolas de nieve! ¡Oh, sí! El barrio renacía gracias a esos toques helados y tan cálidos. Era increíble, ¡ah, sí! Las lenguas se soltaban, los abuelos y las abuelas se acercaban. ¡Eh, formaban un cuerpo común!

Mientras tanto, a su alrededor, con los copos de nieve bailando, los pequeños volvían al ataque con entusiasmo y determinación.

Al final del tiempo reglamentario, no lograron desempatarse: ¡se proclamó el empate! ¡Oh, qué pena!

Unos muy decepcionados por el empate, otros encantados de haber resistido tan bien: sus mejillas estaban sonrosadas por el frío glacial.

Todos regresaron a sus casas bromeando, llamándose unos a otros, empujándose entre risas, gritando y refunfuñando. ¡Era muy animado!

Dos niños, en medio de esa bulliciosa multitud, se cogían de la mano, se sonreían y miraban hacia el futuro: ¡Ludmilla y Vladimir se habían encontrado! Sin buscarse, sus miradas habían bastado para acercarlos en esa Navidad. Fue el comienzo de una bonita historia que compartieron en pareja y en cuarteto, a distancia, excepto durante las fiestas de fin de año. Las familias se reunían una vez al año y viceversa.

¡No se separaron más desde aquel primer día nevado! Aprobaron todos los cursos escolares, en cada etapa de titulación, al igual que Dimitri y Charlène, que se comprometieron, se casaron y tuvieron hijos con pocos meses de diferencia. Sus profesiones se unieron y su amistad permaneció intacta, tanto en dúo como entre los niños. Las dos familias organizaban cada año las fiestas: ¡una vida de amor, solidaridad y alegría para el mejor de los mundos!

Cuando se jubilaron, se mudaron a un lugar soleado y compraron una isla para acoger a todos sus hijos, nietos y bisnietos. Vendieron sus dos casas y compraron una gran granja que reformaron de primavera a otoño entre los cuatro. Cada uno aportó su granito de arena, sus talentos y sus experiencias. Se formaron para ser autónomos y, cuatro años después, ¡todo estaba en su sitio!

¡Cuántas Navidades felices pasaron juntos!



17 de diciembre

Momo y Kelly están sentados en el banco verde del parque de su barrio, balanceando los pies en el aire. Él lleva bermudas largas grises y una camiseta naranja, mientras que ella lleva una falda rosa y un polo azul: ¡qué monos! Se conocen de vista, ya que ambos estudian en la misma escuela primaria, aunque en clases diferentes. Era la época en la que había una para las niñas y otra para los niños, con las clases separadas por una valla.

La niña abre un paquete de piruletas y se lo ofrece al niño, que le dedica una gran sonrisa. «¡Gracias!». Cada uno despliega el papel, lee el chiste y lo tira a la papelera que hay justo al lado. Las maestras les habían enseñado civismo social. Había que seguir unas normas, se instauró una cierta moral desde la guardería hasta la universidad. Los niños animaban a sus padres a comprometerse socialmente.

-Hola, ¿qué tal? Soy Momo y estoy en primero de primaria en Diderot. Vengo del sur de Marsella, pero soy de Orán.

-Sí, gracias, muy bien, ¿y tú? Soy Kelly y estoy igual que tú, pero en Carnot. Vengo del norte de Lille, antes de Tourcoing.

-¡Sí, genial! Me mudé con toda mi familia por motivos laborales, pero echo de menos el mar Mediterráneo.

-Te entiendo, yo nací en una granja con animales grandes y ahora vivo en un piso. Asuntos de padres. Entonces...

-¿Qué haces ahí sentada en el banco? ¿Estás sola? ¿No tienes hermanos ni hermanas? ¿Ni amigos ni amigas? Es triste, ¿no?

-Nada de eso, miro los árboles, las flores, los pájaros, los gatos, los perros, los peces. No, no estoy tan sola.

-¡Ah, vale! Yo sigo estando triste. A veces te debes aburrir, ¿no? No es fácil ser solitaria para una niña pequeña.

-Veo programas de televisión, dibujos animados, películas, documentales. Leo, pego, bailo, canto, toco el piano.

-¿Sabes que eres guapa? No te quejas, me gustas mucho: ¡me impresionas, eres original y tienes un alma de artista!

-Muchas gracias, tú también eres muy amable, Momo. ¡Y tú

eres mi caballero protector! ¿Quieres ser mi amigo?

-Sí, ¿por qué no, después de todo? Soy el mayor de los pequeños.

Terminan sus golosinas y se dirigen a los juegos del jardín: Kelly al tiiovivo y Momo al tobogán. Se divierten con los demás en el arenero. Les rodea un ambiente sereno, cada uno absorto en su impulso, en su deseo del momento. Kelly construye un castillo cuando, de repente, un niño más grande destruye su obra maestra de una patada furiosa, celosa y belicosa. Momo se abalanza sobre él con ira y le da un puñetazo en el estómago. Se produce una pelea violenta.

Los padres separan a los jóvenes combatientes fogosos.

Momo se levanta con animosidad y dice, amenazante:

«No la toques, ni a ella ni a su castillo. ¡Lárgate de aquí! Eres malo: si me buscas, me encontrarás». El otro, un tal René, lo mira con dureza, con los puños cerrados. Kelly se seca las lágrimas, compadecida. «No pasa nada por lo del castillo». Le da un gran beso en las mejillas morenas a Momo y entonces ve un gran chichón en su frente. «Lo siento, ¿te duele mucho?». Momo está rojo como un tomate por la emoción.

Está tan feliz que incluso se olvida del chichón. René está verde de rabia. ¡Kelly es muy simpática! Se muerde las uñas y llama a sus amigos. «Oigan, ¿y si nos echamos todos encima de él para someterlo de una vez por todas, chicos?». Se hizo el silencio. Los niños asentían con la cabeza, sin estar convencidos, no todos estaban de acuerdo con la idea. Algunos se marcharon antes para no hacerlo, era injusto y no era asunto suyo.

Un grupo de cuatro chicos abandonó la plaza y se escondió en el camino de Momo. Kelly estaba con él. Conversaban tranquilos. En una curva, fueron atacados: todos se abalanzaron sobre Momo. Kelly empezó a gritar y a dar patadas y puñetazos a los agresores. Uno de los hermanos de Momo llegó y separó a esos rencorosos. ¡De ellos emanaba resentimiento, un rencor tenaz, una verdadera

frustración!

Los cuatro bandidos se arrepintieron al ser llevados ante sus padres, a quienes se les contó toda la historia, respaldada por Kelly.

Fueron castigados y Momo salió con un segundo chichón en la mejilla derecha: ¡se convirtió en el héroe del día!

Entre el ojo morado y los golpes, ¡se estaba poniendo azul a simple vista!

¡Necesitaba una pequeña enfermera dedicada!

Kelly, para consolarlo, le dio un beso en la otra mejilla.

¡Qué día tan agitado habían tenido! ¡Una bonita aventura!

«¡Empiezas pronto a ligar con las chicas!», le dijo su hermano mayor.

Momo se quedó callado, tan sorprendido estaba.

Tenía la moral de su madre: ¡orgullosa de él, pero reprendiéndolo!

«Cuando se quiere mucho, se castiga mucho, hijo mío, ¡créeme!».

Unos meses más tarde, al comenzar el curso escolar en la escuela primaria única, los dos estaban en la misma clase y continuaban sus estudios juntos: ¡eran inseparables y tenían ideas idénticas! Se habían prometido un futuro común que llevaron a cabo con su empresa inmobiliaria a partes iguales, uno en la secretaría y el otro como agente principal. ¡Una pareja feliz rodeada de niños felices en... Niza!

Habían decidido celebrar el Adviento y su calendario de forma totalmente laica, sin el belén tradicional, solo con casas y oficios, rebaños, un ángel y una estrella que guiaba a los reyes magos. Celebraban la Navidad en casa con los trece postres provenzales y los postres orientales en las cenas de Nochebuena con la familia y los regalos, y luego la de Año Nuevo con los amigos de la misma manera. La fe seguía viva, pero era íntima.



18 de diciembre

En los trópicos, celebrar la Navidad o el Año Nuevo sigue siendo idílico: la playa y sus barbacoas entre familiares y amigos, todos reunidos! ¡Oh, sí, uno se cree en el paraíso! La arena y los cocoteros ofrecen la imagen deseada de una bonita postal: solo faltan los cócteles! En cuanto a la vestimenta, los pareos y otras faldas y blusas coloridas y con volantes crean un abanico de telas sedosas y frescas.

Los pescadores traen en sus redes, a los mercados de los puertos, gambas y camarones grises para la Nochevieja, que se preparan de diferentes maneras: a la parrilla o en salsa con pollo y arroz al estilo criollo, picante, acompañado de guisantes, boniatos, piña, naranjas y plátanos. Todo ello regado con ron tropical: ¡una delicia bajo el cálido sol de medianoche, antes o después de un baño en las lagunas!

En estas tierras lejanas, estas islas del fin del mundo, entre el cielo infinito, el sol radiante, el mar azul y la tierra natural, vivía Paul. Era un joven soñador y melancólico, poeta y pintor en sus ratos libres. Escribía noticias para un periódico local y ponía canciones nostálgicas en la radio de las islas: era un artista lleno de talento. Sin embargo, esta Navidad se sentía solo.

Todos los suyos, familia y amigos, se habían ido, invitados por amigos o parientes más o menos cercanos. ¡Aislado! Eso

le permitía soñar despierto, durante la siesta casi obligatoria, con todo y con nada. Abandonado a sus recuerdos por un momento, reflexionaba sobre sus proyectos, su vida pasada, presente y i e vendrá! ¿Debía quedarse allí o partir con su mochila y su cámara hacia un lugar más pintoresco?

En una de las playas de esta isla, una joven pensaba en cómo sería su vida allí, en el presente. Había querido alejarse un poco de los suyos para sentar cabeza: hacer balance de su vida personal y profesional. Acababa de terminar sus estudios con éxito y tenía ante sí varias opciones posibles: ¿cuál sería su decisión final, sería la correcta, habría otra?

Una vez aquí, participaba de forma discreta en las actividades del club y le costaba entablar relaciones. Así era la gran Helena.

Delgada, racional, tenía muchas cualidades.

Ambos debían tomar un camino por separado: estaban en los albores de sus vidas. «Bah», se dijo. «¡Diviértete un poco esta noche, al fin y al cabo es Navidad!». Y se quedó quieta, iestática! En plena contradicción, física y mental, los separaba. Sin embargo, en pocos minutos se sumergió en la fiesta con un gran deseo de hacerlo bien.

Estaba preparando cócteles de zumo de frutas cuando Paul le pidió uno. De espaldas, concentrada en su tarea voluntaria, se vio sorprendida. Él estudiaba sus modales, cada uno de sus gestos. Había logrado sacudirse su letargo, caminando por la arena fina cuando vio la fiesta, un poco más lejos. Uno de los invitados lo reconoció y lo invitó a unirse a ellos. Él asintió con la cabeza, dándole las gracias. ¡Así era en ese lugar!

El tono de su voz despertó algo en ella. Helena se estremeció, intimidada a pesar suyo, en pleno sueño. «No, no era posible, ¡después de tanto tiempo!». Entonces se dio la vuelta, levantó la cabeza y, sin dar crédito a sus ojos, maravillada, ¡se le echó al cuello! Fue tan espontánea que él se mareó. Él sonrió entretanto, tratando de recomponerse, completamente desprevenido.

-¡Paul! ¿Eres tú? ¡Qué feliz estoy de volver a verte, y además en un día tan especial! Por fin te encuentro, oh, es tan...

-¿Mágico? ¡Oh, Dios mío! ¡Helena! ¿Eres tú? ¡Te he soñado tanto y te he llamado en mis sueños más locos! Estoy tan feliz de volver a verte así, por cierto, ¿sigues soltera?

-Sí, claro, pero ¿y tú? ¿También? ¿El destino?

-¡Sí, oh, sí! ¡Es extraordinario este regreso tan inesperado!

Atónitos, los demás no entendían nada de este giro tan espectacular, tan repentino y súbito.

La pareja reunida tuvo que contarles la historia de su infancia, que los unía inexorablemente más allá del tiempo:

«De pequeños, éramos del mismo barrio, íbamos al mismo colegio, estábamos en las mismas clases hasta el día en que el destino nos separó. Mis padres quisieron volver a su isla y nosotros, los niños, nos vimos obligados a seguirles. Eran las vacaciones escolares de verano y Helena se había ido. La ruptura fue definitiva y duró desde los cinco años hasta esta noche. ¡No te volveré a dejar, te lo prometo, mi amor!».

Ella le sonrió con tanta ternura que él se derritió.

Cuando Helena regresó a su casa en la metrópoli, lo hizo del brazo de Paul... ¡Casados! Su familia se quedó atónita, pero acabó comprendiendo la urgencia: ¡celebraron una segunda boda en un restaurante! Su vida comenzaba... a toda velocidad: ella embarazada y novelista, él redactor jefe y DJ en la radio.

¡Qué Navidad tan maravillosa fue aquella para ellos!



19 de diciembre

Un pobre perro cubierto de barro y en mal estado llegó a la ciudad por sus propios medios en plena festividad de Adviento: su pelaje estaba apagado y pegajoso, sus patas sucias y cansadas, su hocico desgredado y su mandíbula desdentada. ¡Fue un verdadero shock verlo vagando así por el bulevar! La gente se apartaba de él, considerándolo inadecuado para su nivel de vida urbano. Deambulaba de aquí para allá, guiado por su estómago hambriento.

Tenía tan mal aspecto que todos los transeúntes que se cruzaban con él se apartaban rápidamente. ¿Estaría lleno de pulgas?

Sin embargo, no era malo, tenía un corazón generoso y agotado por haber amado tanto, por haber adorado en exceso, ¡por estar tan enamorado de los humanos!

Solo deseaba afecto, un hogar que le permitiera terminar su vida en paz. «¡Sí! Un rincón frente a la cálida chimenea».

«Sueño con un baño tibio, secarme junto al fuego de leña, caricias, un plato de croquetas y agua», pensaba.

Aparte de él, suspirando, pensaba en voz baja: «¡Oh, sí, sería fantástico envejecer al calor para mis viejos huesos!».

Caminaba sin rumbo fijo, sin saber qué hacer. De repente, detuvo su vagabundeo: acababa de oler un aroma de cocina que le arrancó un enorme gemido de desolación. ¡Salchichas! ¡Verdadera charcutería! Hacía mucho tiempo, demasiado tiempo en sus ensoñaciones, que no veía ese tipo de alimentos. ¡Era una auténtica ganga! ¿Se atrevería a convertirse en ladrón? Estaba al final de su vida.

¡Llevaba más de tres días sin comer nada! Su estómago rugía de hambre y temblaba bajo el viento helado. Asintió con la cabeza, fatalista. Empezaba a no creer en nada: ni en el amor, ni en la amistad, ni en la justicia. Estaba harto de todo, excepto de esta vida tan difícil de manejar. Lo habían abandonado atado al pie de un árbol e . Esperó, ladró y finalmente oyó: lo habían metido en una jaula... sin entender

nada.

¡Hoy era la víspera de Navidad! Se estaba haciendo viejo, sin mucha fuerza, triste, pero lleno de recuerdos.

Y él, volviendo a la cruda realidad, estaba solo fuera.

Sin embargo, hasta ahora había logrado sobrevivir como había podido.

¿Dónde estaba el lobo? Seguramente la culpa era de la vejez.

Desde hacía unos días, se debilitaba, tenía frío y hambre, ¡sin mucha esperanza! «Y si me tumbo aquí, en el frío y la nieve», pensó, presa de un repentino deseo de dejarse llevar, «nadie me echará de menos, y además, ¿a quién le importo? Estaré sereno, en paz». La Navidad era un momento para partir hacia las estrellas. ¡La Navidad también hacía milagros a veces, le habían dicho! Pero ¿era eso para él?

Los peatones seguían su camino y pensaban en su velada en familia o con amigos, en un lugar acogedor. Entre toda esa gente, ¿por qué no iba a encontrar a alguien que tuviera un poco de compasión por él? ¿Alguien que captara su mensaje? ¿Que lo llevara a su casa, le abriera la puerta del garaje y le diera agua y comida? «Seguiré siendo un soñador toda mi vida, un idealista...».

Entonces cruzó la mirada con una niña pequeña, muy mona y bien vestida, que soltó la mano de su madre y se abrazó a él, sin importarle su pelaje asqueroso. Su cola se movió ligeramente, sin poder creer su suerte, por sorprendente que fuera. ¡A esta pequeña le atrae este peludo y sucio animal! Lo observa y descubre la amistad, ¡lo que le hace muchísimo bien!

¡El impulso del amor! Los padres, al ver esto, se conmovieron y se miraron, asombrados. A ambos se les había ocurrido la misma idea: ¡hacer feliz a su hija! El perrito los siguió con seguridad. Primero decidieron lavarlo, limpiarlo, cepillarlo y ponerle un bonito collar, antes de instalarlo en una cesta muy mullida para su gran tamaño. Él

comprendió que estaba a salvo y se dejó hacer, iera algo inesperado!

¿Y adivinen dónde? ¡Junto a la chimenea!

Un cuenco lleno de deliciosos olores completaba el idílico cuadro de este perro malfamado y hasta entonces tan maltratado. Recuperó la salud y los protegió. No le faltaron caricias y fue mimado y querido durante muchos años: él les correspondió con múltiples lametones y trucos que ella le enseñó.

Mia lo llamó Beau para siempre.

Sus dos solitarios se habían atraído, reconocido y mimado.

Entre ellos, su pequeña ama y él, comenzó una gran historia de amor que perduró en el tiempo: ila acompañaba al colegio y la esperaba a la salida, hasta que llegó a la facultad de derecho!

Ella obtuvo su título y se convirtió en una activista defensora de los derechos de los animales: iqué trayectoria!

¡En un hermoso día lluvioso, él falleció en sus brazos!

Tumbado en la alfombra, frente a la cálida chimenea... Había aguantado hasta entonces por la pequeña Mia, su verdadero amor, ihabía nacido un intenso vínculo afectivo para siempre!



20 de diciembre

En una bonita tarde de diciembre, una anciana decoraba su árbol de Navidad mientras esperaba a sus nietos e hijos. Vienen a recoger los regalos que Papá Noel les ha dejado aquí, como cada año. ¡Hacía mucho tiempo que vivía sola en el antiguo hogar familiar! Tenía muchos recuerdos de ese lugar, que se esforzaba por mantener intacto, limpio y renovado.

Tenía una vida llena de actividades lúdicas con el club de la tercera edad y se divertía bastante, bailando y dando vueltas. Estaba activa a pesar de algunos dolores reumáticos matutinos. Acababa de conocer a Jules, un hombre apuesto, de mirada pícaro, bromista, risueño, afable y, además, excelente bailarín. Quizás, algún día... ¿Quién podía saberlo realmente? ¡Su corazón latía con fuerza!

«¡Ahí están! ¡Mis pequeños!».

La alegre compañía familiar llegó entre gritos, risas, portazos y bocinazos.

Invadieron el espacio de la abuela Cindy, levantándola en brazos. ¡Estaba encantada de volver a verlos, cada vez más grandes!

«No habéis cambiado mucho, seguís siendo tan bromistas como siempre, ¿eh?».

Comenzó a saludar a uno por uno, con una pregunta o una broma para cada uno, abrazos muy alegres y besos cálidos, antes de servirles cócteles navideños caseros a base de siropes para los niños o Coca-Cola a voluntad y aperitivos alcohólicos para los adultos a base de vino caliente o champán. Brindaron y se felicitaron hasta que...

¡Sonó el timbre de la entrada! Se hizo un gran silencio...

La abuela Cindy, sorprendida y asombrada, se levantó y fue a abrir: ¡oh! ¡Un hombre alto y delgado la tomó por los hombros y la besó sin previo aviso! La soltó con una gran sonrisa antes de darse cuenta de que no estaban solos. ¡Ella

se quedó muda! ¡Era tan extraño! Jules la miró fijamente y volvió a hacerlo. ¡Qué descaro! Mamie estaba entre la ira y el asombro, desconcertada, por decir lo menos.

Los aplausos los tomaron por sorpresa en ese momento: él porque no sabía que ella tenía invitados y ella porque se había olvidado de ellos.

Con las mejillas sonrojadas, hizo las presentaciones, lo que agradó mucho al afortunado elegido, que así entraba en LA familia. Él estrechó manos, dio besos en las mejillas, ¡terriblemente a gusto! No lo había consultado con ella en absoluto y ahora se instalaba en el lugar. Para ella, era desconcertante ante sus hijos, que sonreían disimuladamente, y sus nietos, que la tacharían de traviesa.

La velada fue todo un éxito: la abuela había hecho milagros en la cocina: entrantes fríos y calientes, pavo glaseado con castañas y judías verdes, ensaladas variadas, bandeja de quesos y los famosos trece postres de Provenza: almendra, piñón, pasas y albaricoques secos, mandarina, manzana, naranja confitada, galleta de anís y limón, croque-dent, turrón blanco y negro, chocolates de menta, cereza, licor, frutas confitadas, brioche.

¡Charlamos, comimos, jugamos a videojuegos y juegos de mesa, bebimos y bailamos parte de la noche! Y la reina de la fiesta fue, por supuesto, la guapa Mamie Cindy, siempre tan cálida y alegre. ¡Un verdadero sol para toda la familia! Sabía recibir, cuidando de que todos estuvieran alegres, radiantes y animados. Los platos iban desapareciendo poco a poco. ¿Y Jules?

Pues estaba muy emocionado por esta entrada tan impactante y reconfortante para él y para el futuro. ¡Su futuro e ! Porque cada vez pensaba más en ello, deseaba volver a estar en pareja y, a ser posible, con ella, a quien acababa de conocer y por quien había sentido un verdadero flechazo. Pero, ¿qué pasaba realmente con ella, con sus pensamientos, sus emociones y sus sentimientos?

No tenía ni idea, ella no se abría fácilmente.

Quedarse viudo no era para él, ¡en absoluto! Esperaba emocionarse y sentirse vivo, moverse y viajar: ¡en pareja es mucho mejor! El mundo les llamaba: cruceros o fines de semana románticos, entre Europa, Estados Unidos o Asia. La llevaría por montes y valles, la protegería, cogido de su mano. Percibía una jubilación cómoda y esperaba disfrutarla con esa mujer tan brillante e inteligente.

Los grupos de hijos y nietos le facilitaron la tarea, ya que preferían que ella estuviera acompañada, así estarían menos preocupados, y la entrega de regalos fue todo un éxito: cada uno abrió el suyo con los ojos llenos de asombro por su contenido: gadgets para los adolescentes, juguetes para los más pequeños y adornos para los adultos. Cerca del televisor, vales de compra.

¡Risas y gritos de alegría espontáneos brotaron por todas partes!

Cuando Jules le entregó el suyo, la abuela Cindy descubrió un magnífico anillo de oro con un lapislázuli. Ella también había pensado en él y sacó de uno de sus bolsillos un estuche con unos gemelos y una pinza de corbata de nácar, bellamente tallados. Se miraron con tanta ternura que todos aplaudieron. ¡Una entrada familiar exitosa en Navidad para este hombre que odiaba la soledad!



21 de diciembre

En la época de los tramperos, en un país de tarjetas de felicitación, modelado por el hielo y la nieve en invierno, y por bosques y prados verdes en verano, un pequeño pueblo perdido en su entorno natural estaba conmocionado. Por lo general, no solía ocurrir nada extraordinario en el día a día, pero en este caso era muy extraño: faltaba un niño en su comunidad. ¡Nadie sabía dónde estaba Sean, el hijo del panadero!

Este era un aprendiz de panadero, de unos diez años.

Trabajaba bien y solo tenía un pequeño defecto: ¡contaba tonterías! Se le miraba con recelo y desconfianza, ¡no era cien por cien fiable! Había salido a repartir pan en carro a la aldea vecina y luego nada, ni rastro, ¡puf! ¿Se había volatilizado, evaporado, desvanecido, secuestrado? El caballo y el vehículo habían regresado agotados, sin él, con las cestas vacías y la caja llena de la colecta.

Así que no había habido ladrones, solo podía haber ocurrido un accidente. Se organizó una batida gigante entre los dos pueblos: los hombres se dirigieron al camino que él había tenido que tomar para buscar pistas de su paso. Sin embargo, en la carretera no se detectó nada concluyente a simple vista. Sus llamadas no obtuvieron respuesta. En ese momento de la investigación, nada podía respaldar una solución viable.

Al acercarse al límite del bosque, observaron la presencia de huellas sospechosas. Buenos sabuesos, orgullosos rastreadores, cazadores sin igual, siguieron las huellas en la tierra fangosa: los perros que los acompañaban se agitaban, corrían en todas direcciones, ladraban sordamente, ¡atención! Se divisaba una anomalía importante, tal vez un objetivo peligroso: no se veía ningún peligro.

¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr! ¡Grrr!

Los humanos y los perros detuvieron de repente su avance al oír un gruñido atronador que les heló la sangre. Corrieron

hacia el lugar de donde provenía el ruido y se quedaron paralizados por lo que vieron: ¡ni se lo imaginaban! ¡Era Sean! ¡Sean estaba sudando! ¡Sean se secaba la frente, en mangas de camisa! ¡Sean intentaba levantar una enorme roca bajo la que estaba atrapado un oso gigantesco!

-¡Increíble! Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, ¡no lo habría creído! ¡No, eso es seguro!

-¡Qué imagen, de verdad! ¡Dios mío, cuando se lo cuente al pueblo de arriba! ¡Él tan frágil y el otro tan desmesurado!

-¡Impresionante, quieres decir! ¡La comparación es excelente, por cierto! Es un contraste curioso, ¡puedes decirlo!

-Bueno, cuando lo contemos, más vale que seamos varios, si no nos tomarán por mentirosos, por charlatanes.

-¡Padres, han tardado mucho en reaccionar! ¡Llevo varias horas intentándolo sin éxito! Estoy bastante desamparado en este asunto, ya no tengo fuerzas, ¡les toca a ustedes ayudarme!

-¡Pero todos nos hemos asustado mucho al ver tu carro de reparto volver solo a toda velocidad, con el dinero dentro!

-¡Bueno, ocupémonos de lo más urgente! ¿Qué podemos hacer para rescatar a este animal herido, atrapado o agotado? Una vez liberado, ¡puede volverse contra nosotros!

-¡Hay que sacar a ese oso de ahí! ¡Pero aún no sé cómo! ¡Pensemos juntos en una solución positiva!...

-Pensándolo bien, ¿está herido o simplemente atrapado? Si lo liberamos, ¡hay un riesgo! ¡Hay que protegerse de él por si acaso!

-Llevo todo este tiempo intentándolo: ¡siempre fracaso! ¡Esta roca pesa muchísimo! Ya no me quedan fuerzas.

-Si nos ponemos todos a ello, ¡deberíamos conseguirlo! -No creo que lo haga, ¿verdad, grandullón? Tranquilo, no tengas miedo, vamos a sacarte de ahí, ¡confía en nosotros!

-Vamos, uno, dos... y... ¡tres! Todo va a salir bien, ¡mira, grandullón! -Un poco más, hacia la derecha y ahora giramos, ahí.

-¡Se ha movido! Un poco más y creo que lo conseguiremos. ¡Ya está, nos va a ayudar, es fuerte y listo, ese muy cabrón!

-¡Un poco más de esfuerzo! Uno, dos... y... Hhhhhann... ¡Tres!
-¡Por fin lo hemos conseguido! ¡Uf, uf, uf! No pensaba que fuera tan rápido.

-¡Ya está, chicos, ya está hecho! ¡Lo hemos conseguido! ¡Sí, grandullón! -Sí. Ya ves, puedes irte a casa al atardecer. Uf.

-Sí, ino ha sido fácil, te lo aseguro! ¿No ha venido el médico? ¡Hay que curar a este animal! ¡Mirad su pata!

El doctor Sullivan fue llamado al pueblo y se acercó al animal salvaje, tendido y gimiendo, medio aturdido por el dolor, y dio su diagnóstico: nada grave a primera vista, salvo que no podría moverse durante varios meses... Los hombres se rascaron la cabeza, porque se acercaba la estación fría: era imposible dejarlo así, a la vista de los cazadores furtivos, siempre presentes por allí, o de los lobos.

Se construyó una cabaña de troncos alrededor del animal para que no muriera de frío. Un bonito gesto de solidaridad entre el hombre y el oso... Convirtiéndose en el protegido-protector de estos pueblos perdidos, este lugar en el fin del mundo... lo convirtió en su musa: ¡lo bautizaron con orgullo como Big-boss! Amistosos, le llevaron comida y pudo hibernar... hasta la primavera, tranquilamente, hasta su despertar definitivo.

Al salir de su retiro, se encontró con una osa que deambulaba por los alrededores, ya completamente recuperada. La siguió y... ¡regresó en Navidad con tres oseznos que se divertían como locos a su alrededor! ¡Feliz Navidad a todos!



22 de diciembre

En las casas de antaño, al no disponer de frigoríficos para conservar los platos fríos, se colocaban en el alféizar de las ventanas exteriores. Cada hogar cocinaba sus recetas en un horno de pan. Antiguamente, los aldeanos se reunían en el gran salón de fiestas y bebían vino con especias mientras degustaban castañas calientes antes y después de la misa de medianoche, la noche de Nochebuena.

Luego regresaban a sus casas, donde les esperaban los platos que se habían cocinado desde la víspera, algunos de ellos en el caldero de la chimenea. Las tartas esperaban fuera, junto con las tartas de fruta y los pasteles de brioche. Pero a veces se producían incidentes... ¡Y eso es lo que ocurrió aquella vez, en la granja más alejada del pueblo, en casa de los padres y abuelos del pequeño Víctor!

Toda la familia se preparó para participar, como cada año, en las festividades de su pequeña ciudad y salió temprano para asistir a la tradicional misa de medianoche, en la que el párroco iba a dar las gracias a sus feligreses por haber acudido en tan gran número. ¡Su limosna sería muy generosa gracias a la colecta realizada! Esta se utilizaría para ayudar, alimentar y vestir a los desamparados, los indigentes, los miserables y los enfermos.

Se detuvieron unos instantes para descansar en el centro del pueblo y desear una feliz Navidad a sus amigos, y para reponer fuerzas tranquilamente en el interior del granero festivo: hacía mucho frío fuera y aún les quedaba un largo camino por recorrer a través de prados, campos y senderos. Las campanas los llamaron y la misa comenzó con cantos, oraciones, sermones desde el púlpito y monedas sonando en las cestas.

La noche era estrellada pero gélida, se pusieron las capas para enfrentarse a la nieve, las filas se disolvieron por las calles, se encendieron las linternas, algunos rezagados aún deambulaban y los granjeros partieron a buen paso, revitalizados por las últimas copas de vino caliente y el

chocolate para Víctor, que estaba creciendo. Esperaba con impaciencia sus regalos matutinos, al igual que sus compañeros de colegio.

Caminaban valientemente, bien abrigados y calzados con botas forradas, frente a los remolinos de copos que continuaban su alegre sarabanda alrededor de su grupo. En los alrededores de los edificios que constituían su granja, todo estaba normal cuando regresaron a casa: ino fue hasta que entraron en la parte trasera de la vivienda, donde se encontraba la cocina, cuando se llevaron una gran sorpresa!

-¡Ahhhhh!», exclamó la madre, vestida de gala para pasar una bonita fiesta en la que el ambiente debía ser alegre. «¿Qué es esto?».

-¡Oohhh! —respondió Víctor, avergonzado y consternado por lo que veía justo delante de él y los suyos. ¡Dios mío, oh, no!

-¡Por Dios!, gritó papá, alterado a pesar suyo, «¡es imposible, no esta noche tan especial!», esperando preparar una buena cena que ahora se había esfumado. «¡No es justo! Hemos rezado, hemos dado y ¿qué hemos cosechado? Nada más que tener que ayunar. Lo sé, mujer, ¡he blasfemado!».

-¿Qué pasa, hijos?, dijo el abuelo al llegar al salón, aún con su pesado abrigo y sus zapatos embarrados, al oír los ruidos que provenían de allí.

-¡Mamamia!, gritó la abuela, desanimada, haciéndose eco sin querer de una situación tan grave. «Pensemos...».

¡Una familia de mapaches salía corriendo, después de haberlo roto y destrozado todo en la cocina! ¡A toda velocidad, huyendo inmediatamente! Los platos que estaban sobre la mesa habían caído al suelo y... los padres se los habían comido todos, ¡por no hablar de los platos que estaban fuera! Los jóvenes granujas se los habían devorado, saciándose para el invierno: ¡ellos eran los afortunados! ¿Qué decidir en un caso así? ¿Qué degustar entre humanos?

Todo estaba patas arriba, ¡la fiesta irremediablemente arruinada! Excepto para los pequeños animales salvajes o los pájaros. Se recogió, se barrió, se lavó y se degustó lo que quedaba en los armarios y en el caldero bien caliente. No lo

habían perdido todo: una sopa de verduras con picatostes de pan duro, un potaje que estaba previsto para el día siguiente y queso como postre.

-¡Ah! ¡Qué extraño festín, hecho con sobras! Nosotros no tendremos una comida digna de una Nochebuena, ¡isnif!

-¡Mirad a esos fisgones, se han dado un festín con nuestras innovaciones culinarias! ¡Al menos habrán tenido su regalo navideño! ¡A nosotros tampoco nos ha ido tan mal con nuestras recuperaciones entre frutos secos y galletas que quedaban en el horno!

-Bueno, al menos era comestible, ¡ise lo han comido todo! Nuestra sopa de verduras y col rellena... ¡iserá para nosotros y ya está!

-¡Sí, será para nosotros en esta noche de fraternidad y solidaridad! ¡Y todo por una ventana que se quedó entreabierta! -Bueno, también hay pasteles y blinis de salmón en el aparador. ¡Tenemos suficiente para sobrevivir otros dos días! Seguramente había demasiado y Dios nos mostró el excedente y lo compartió con la naturaleza que nos rodea.

La visita de Papá Noel alegró el resto de la noche, devolviendo la alegría a su hogar: ¡eso era lo esencial!

Los animales habían dejado los regalos por falta de tiempo para divertirse. En el límite del bosque, se les vio mirar con pesar hacia la casa: los adultos acordaron entonces darles las sobras de sus comidas durante los días siguientes. Seguían siendo traviesos, curiosos, pícaros y juguetones. La ayuda mutua se hizo realidad para estos animales hambrientos por el duro invierno: ¡la solidaridad comenzó entre humanos y animales en esta granja aislada! La ayuda ecológica se estableció de forma normal y natural.

Los grupos familiares crecieron por separado, pero se había formado un vínculo: cuando el invierno era severo, los animales salvajes venían a refugiarse en un granero donde se les proporcionaban comederos de supervivencia.



23 de diciembre

Una joven princesa, sin hermanos ni amigos de verdad, cansada de estar sola en su magnífico castillo rodeado de frío, heladas, glaciares, abismos y nieve, anunció a sus queridos padres que finalmente quería casarse, ¡y ya! Deseaba compartir su vida, con la esperanza de encontrar una pareja acorde con su personalidad sensible y creativa, pero también viajar y descubrir otros lugares.

«Tu madre y yo, querida hija, lo pensaremos muy seriamente. Enviaremos inmediatamente un pergamino real a todo el reino, instando a todos los hombres en edad de casarse a que vengan a cortejarte. Pero estamos muy sorprendidos por tu petición personal. Hasta ahora, no te inclinabas por tal extremo. ¿Puedes revelarnos qué te ha hecho cambiar de opinión sobre el matrimonio?».

Sorprendidos por este anuncio, le expresaron sus quejas de adolescente, ¡aunque estaban encantados con su decisión final!

«No, eso es demasiado fácil en este caso. Quiero un hombre a la altura de mi posición, no social, sino intelectual. Decíles que habrá tres pruebas: deportiva, cultural y generosa, cuyos títulos oficiales son los siguientes: encontrar la flor de

las nieves, el Edelweiss, arriesgando sus vidas; resolver un acertijo y dar su opinión sobre una acción relacionada con el pueblo que les comunicaré tan pronto como lleguen a estas murallas».

Lo dicho se hizo rápidamente: desde todos los rincones más recónditos del reino, innumerables caballeros nobles cabalgaron hacia el majestuoso Dominio de las Cumbres Vertiginosas. Ni siquiera los más valientes se atrevían a ir sin escolta: ladrones y lobos acechaban en cada recodo del camino. ¡Estos representantes encarnaban lo mejor de la nobleza y la burguesía de esta vasta región!

Llegaron con tambores y trompetas al castillo, decididos a ver a la princesa que los desafiaba tan claramente.

Tras las reverencias de rigor, se les ofreció una cena de gala: se bromeó, se bebió, se cortejó y se bailó. A primera hora de la mañana, muy temprano, se prepararon físicamente antes de aventurarse por las empinadas laderas de las montañas, donde florecían las raras flores de Edelweiss: muchos perdieron la vida resbalando en las rocas o se marcharon abandonando la partida por ser demasiado abrupta.

Para la segunda prueba, quedaban menos de la mitad de los caballeros. El enigma se formulaba así: «Diez letras de nobleza, corazón, amor y valentía forman una palabra digna de un rey». Se oyó un murmullo: «¡Caballería!», respondió sin dudar un hombre enmascarado, vestido de negro. Desprendía un magnetismo misterioso. Varios jóvenes salieron de la sala del trono.

«¿Siete letras de arte y música, tan queridas por mi corazón?», susurró la princesa, sonriente y culta. «¡Barroco!», respondió un hombre con aire seco y poco complaciente. Ella se rebeló nerviosamente... «¿Ocho letras duplicadas para designar mis rasgos de carácter?», dijo con voz fuerte y serena. No se dejó engañar: «¡Tenacidad y temeridad!», dijeron los gemelos. ¡Se relajó al oír su sonora proclamación!

Con una sonrisa en los labios para esta última prueba, la

princesa Heloísa se acercó a los cuatro ganadores, muy diferentes entre sí, y declaró que quería conocer de inmediato sus proyectos sociales, militares, políticos, ecológicos, médicos y de seguridad para su pueblo en la última pregunta: «Señores, ¿cuáles son sus intenciones para mi pueblo, que será el nuestro tan pronto como nos unamos oficialmente?».

El primero dijo: «Protección en todos los aspectos y generosidad de corazón». Una ligera reverencia imitaba el respeto debido a su rango.

El segundo: «¡Guerras y expansión del Reino!». Un breve y rígido saludo militar acompañaba sus duras y severas palabras.

En cuanto a los gemelos, con una sola voz: «¡Amor y belleza!». Una pirueta virginal adornaba sus actitudes burlescas.

Un gran silencio acogió la declaración final.

La princesa dijo entonces: «Que el segundo sea jefe de las armas, que los damiselos sean ministros de las artes y las letras. ¡Usted, quítese esa máscara, por favor, querido futuro esposo!». Gracil y elegante, Heloísa esperó un momento a que se produjera el gesto para ver ese rostro extrañamente principesco. Con un gesto elegante, el hombre se quitó la máscara y ella descubrió un rostro marcado por el fuego y el hierro.

Un silencio sordo y pesado se apoderó de la sala con techos altos como los de una catedral, alrededor de los futuros esposos.

Todos los nobles de la corte real apartaron la mirada, excepto ella. «¡Cuánto debe de haber sufrido! ¡Eso me hace quererle aún más!». Y le tendió la mano, que él tomó con firmeza. Entonces, él enumeró sus títulos y posesiones, así como su apellido: «Philibert de Sixton, príncipe heredero de las Costas de Brets y de los Territorios de las islas Parmfidmoan, a su servicio, dulce Héloïse».

Conmovidos ambos por esta declaración procedente de un

corazón generoso, se dieron el «sí» el día de Navidad y fueron muy felices el resto de sus vidas como monarcas colmados. Compartieron sus pasiones y legaron el coraje de su padre y los valores de su madre a cada uno de sus numerosos hijos. ¡Cada Adviento y cada Navidad eran una doble fiesta en sus reinos reunificados y apaciguados!



24 de diciembre

¡Papá Noel está decididamente muy enfadado hoy!

El taller resuena, el teléfono suena, las voces se gritan, los gritos se elevan con impaciencia. ¡Definitivamente, nada va bien!

¡Le invade un gran estrés! ¡Su barba se ha encogido gravemente!

Todo va con retraso: Mamá Noel no ha planchado su traje reglamentario, los duendes no han terminado de envolver los regalos, ni los han etiquetado con los nombres, ni los han guardado en cajas limpias, ni los han colocado en el trineo festivo, los renos están en huelga y se niegan a engancharse! «¿Cómo voy a poder hacer las entregas a los niños?». Se rascó la cabeza, se volvió a poner el gorro y

refunfuñó entre dientes.

De repente, se le ocurrió una idea: icogió el teléfono y llamó a los Ángeles para que le ayudaran en su tarea! Estos estuvieron encantados de ayudarle y le trajeron muchas nubes blancas para transportar los regalos de los niños de todo el mundo. Para no e , dentro de cada uno colocaron una bonita bandera del país sobre el que volarían. «¡Qué suerte tengo de poder contar con ellos!». Se sintió aliviado de un gran peso emocional.

Los ángeles ayudaron a los duendes y hicieron el trayecto entre el cielo y la tierra: todo se cargó a la vista y ante las narices de los renos rebeldes. Se estaba gestando una revuelta en ese país. ¡No estaban nada contentos! ¡Se enfadaron durante todas las festividades! La madre Noel llegó con su bonito traje rojo y blanco planchado, las botas lustradas y barnizadas, el gorro remendado y acolchado, y unos guantes calientes.

¡Qué bien le quedaba, haciéndola tan afable de repente!

Papá Noel estaba listo para su trabajo de alegre jovial con palabras agradables y un saco lleno de juguetes. Los ángeles cogían cada uno una bonita nube y los llevaban a su destino. Los duendes estaban allí para los pequeños regalos que había que meter en las chimeneas. La distribución de los paquetes se había clasificado por niño, por adulto, por familia, por dirección, por piso, por ciudad, por región y por país.

Las mamás entraban en la habitación para dejar los paquetes en los calcetines y debajo del árbol, mientras que los papás llevaban los grandes, los pesados y los voluminosos. Todo se organizaba según el tiempo asignado en función de los pedidos realizados. Los colores dorado y plateado eran para los adultos, lisos para los adolescentes, multicolores para los niños y con motivos infantiles para los bebés.

La noche fue larga y estuvo llena de hermosas tareas realizadas con alegría. El trabajo se realizaba con amabilidad

y amor por los demás. Los ángeles eran divertidos mientras trabajaban: les gustaba reír, ser útiles, indispensables, esenciales. Inconscientemente, adoraban la alegría con ellos y a su alrededor! Incitaban a los humanos a pensar, reflexionar, escribir, actuar, realizar, filosofar, esperar, soñar y rezar.

Sobre cada cuna, esparcían polvo de estrellas y los bebés les sonreían al instante.

Los niños pequeños los llamaban y balbuceaban en su lenguaje entrecortado y burbujeante. En los hospitales y clínicas, esparcían energías hermosas y suaves para aliviar a las personas con mucho estrés, accidentadas, madres desamparadas, ancianos y personal sanitario. Contribuían en cada habitación a la ayuda fraternal, la solidaridad y el amor incondicional.

Muchas parejas se reconciliaban dándose grandes besos cuando pasaban por apartamentos, casas, fábricas, laboratorios, empresas, calles, aparcamientos, ascensores, escaleras, en la playa, de excursión, esquiando, buceando, a caballo, a pie, en bicicleta, en coche, en autobús, en tren, en avión... Bastaba con creer y entonces se producía el milagro.

Todo es plenitud en esta noche mágica tan emotiva y apasionada. Beso, besito, beso, smack: dedos, mejillas, labios.

El amor se busca, se descubre, se acaricia, se enciende, se abraza, se eleva! ¡Qué regalo terrenal irremplazable!

¡Un sentimiento celestial que nos eleva a todos!

Papá Noel acababa de terminar su formidable recorrido, los ángeles se marcharon con sus nubes saludando al amanecer y los duendes se ofrecieron una cena muy temprana, entre la alegría de haber hecho feliz al mundo entero y la tristeza de tener que esperar un año para volver a empezar... La Luna les guiñó el ojo con gratitud. Amanecía y los niños también se levantaban, abriendo sus paquetes... con impaciencia.

¡La Navidad se alargó y se prolongó para mayor felicidad de

los humanos! ¡Papá y mamá se miraron a los ojos!

¡Feliz Navidad a todos!

¡Que la apertura de vuestros regalos sea un momento
mágico para los niños y los padres!



Gran historia para niños buenos

Kwerty y sus amigos

Parte 1

Érase una vez un pequeño reno encantador que se llamaba Kwerty porque tenía la manía de compartirlo todo: pasteles, ropa, libros, juegos. El tiempo transcurría así, en períodos bien definidos y delimitados. Vivía allá, en el frío del gran norte, donde la ventisca soplaba con fuerza en la llanura desértica. Reinaba allí una especie de silencio impregnado de soledad.

Tenía muchos amigos y se divertía mucho con ellos: apreciaba su presencia amistosa y afectuosa, una especie de ayuda para aislarse de ese rincón apartado. Aquella mañana, había decidido revolcarse en la nieve que caía fuera en ráfagas de grandes copos blancos y densos: el invierno volvía de repente, sin previo aviso, ofreciéndoles un magnífico espectáculo natural helado.

Grandes copos revoloteaban aquí y allá, formando un ligero remolino alrededor de los tres amigos de juega, contentos de encontrarse allí juntos. Saltaban, brincaban y corrían de un lado a otro. «Hola, Kwerty, ¿cómo estás hoy?», dijo Becky, el pequeño conejo salvaje que saltaba alrededor de su madriguera, con su pequeño hocico siempre en alto, olfateando el aire, conquistador, orgulloso y curioso, siempre al acecho.

«¡Hola, Becky!», respondió nuestro simpático caribú sacudiendo la cabeza: sus cuernos empezaban a ser bastante imponentes y, por lo tanto, pesados. Estaba creciendo y tenía que esforzarse por mantener el equilibrio. «¡Pareces muy alegre hoy!», murmuró Gros Pigreen, el melancólico pájaro de plumaje verde y amarillo, de aspecto esbelto y exótico a pesar de su avanzada edad: era el mayor del grupo.

«Y tú, ¿tienes algún problema, no?», le respondieron los otros dos al unísono, con un toque de compasión en sus

palabras razonadas. Eran sensibles, preocupados por su bienestar. «Bueno, bueno, bueno... Me desperté con la sensación de haber soñado...». Ppffttt... Ppffttt... Ppffttt... «No nos tengas en vilo, es una invención tuya, sí o no, ¿qué más tienes en este hermoso día de nieve?».

Estaban interrogantes, pero no excesivamente sorprendidos, ya que GP tenía un carácter triste y muy descontento. Nunca era realmente feliz: su colorida personalidad estaba llena de divergencias, nostalgia o melancolía. «¿Cómo podéis saberlo vosotros, que sois tan alegres todo el año?», dijo este último, sorprendido, con los ojos muy abiertos, escrutando sus rostros alegres y a menudo muy positivos.

Se encontraba perplejo, con dudas febriles, ide repente sospechoso!

Los demás se echaron a reír: su cara estaba ceñuda, hosca, gruñona. Despreocupados por estar juntos en el frío y la nieve, iban a divertirse a sus anchas a partir de ese momento, isin más! «iVen con nosotros, vamos a jugar en la nieve y a hacer muñecos grandes o a lanzarnos bolas unos a otros! iTe distraerá hacer el tonto con nosotros, tus fieles amigos!».

«No, de verdad, no me apetece nada: ime voy a casa, donde hace calor!». Y fingió volver a su e e hogar, algo deprimido por su vida tan monótona y rutinaria que odiaba. Lo vieron tan abatido que lo rodearon y le pidieron que les contara su famoso sueño. Era por eso por lo que estaba así. No les gustaba que su amigo estuviera triste: inecesitaba un verdadero reto!

Intentaron en vano animarlo, ial menos hacerle sonreír!

«iNada! Excepto que...». Sacudió la cabeza, afligido y perturbado. «Excepto que el hada de las nieves no me...». No pudo terminar porque tuvo un hipo de desilusión punzante y tosió con fuerza: ¿estaba resfriado? El ambiente se volvió casi irrespirable entre los tres. A pesar de todo, intentaban comprender para encontrar alguna pista que les ayudara. «¿Qué te ha hecho para ponerte en ese estado? iSi

es tan amable!», repitieron, sorprendidos por su lacónica respuesta.

Se miraron entre sí, se volvieron hacia él, escrutando su respuesta.

«¡Me ha OLVIDADO!», gruñó de repente, resoplando y sacudiendo sus alas heladas. «Sí, es cierto: irealmente me ha OLVIDADO!». Probablemente estaba ofendido y no iba a cambiar de opinión, ¡por desgracia! «¡OooohhhhH!», comentaron al unísono. «¿Eso es todo? ¿Solo eso? ¡No es tan grave!», le informaron con alivio. Entonces no estaba todo perdido de forma irremediable.

«¡Pues sí, eso es todo!», se lamenta inevitablemente, haciendo de víctima de la moda, sin mirarlos. Pensaron en desafiario: «¿Te decidirás a seguirnos para quitarte esas palabras negativas de la cabeza?». Se atrevió a lanzarles una mirada tímida y oblicua, tan disminuido moralmente, contrito y avergonzado, abandonado, sacudiendo sus alas de nieve ligera. Se encontraba atrapado en su ego.

El dúo amistoso le dio pequeñas palmaditas afectuosas en el plumaje, compadeciéndose de su pena matutina. ¡Intentaban, con esa apariencia de piedad y compasión, animarlo a hacer las paces consigo mismo! No querían que volviera a caer en la depresión o en pensamientos suicidas. Intentaban mostrarle la vida desde un punto de vista jovial, alegre, locuaz y feliz.

«¡Todo se arreglará, ya lo verás! ¡Ven a tomar el aire con nosotros, acabarás por dejar de pensar en tu frustración!», le afirman alegremente. Le dan grandes besos en la cabeza como muestra de positividad para que esa desafortunada pesadilla se desvanezca de su memoria. Charlan, ríen y bromean cada uno por turno. La gran decepción se va disipando poco a poco en el ambiente. ¡Están reunidos!

Becky brinca y salta inocentemente mientras Kwerty sirve de transporte aleatorio a Gros Pigreen, GP para los amigos. ¡Este último se alegra por fin del giro que ha tomado su mañana, que había empezado tan mal! Recogen leña para la

casa de Kwerty, que les invita a tomar una infusión de menta caliente en agradecimiento por el servicio prestado tan amablemente. ¡Todo volvía a la normalidad!

¡Qué magnífica Navidad blanca para este trío!

Parte 2

Becky y Kwerty se unieron para animarlo a que los acompañara todos los días, excepto cuando hubiera tormenta. Gros Pigreen se dejó convencer: eran verdaderos amigos para él. Cuando quiso unirse a sus juegos, se divirtieron mucho durante varias horas en el salón, encantados con la oportunidad. Disfrutaron con los caballitos y el juego de la oca. Fue una bonita velada entre amigos, degustando multigrano.

A media mañana del día siguiente, el campo resonaba con sus alegres juegos y sus exclamaciones de asombro: un verdadero momento de felicidad invernal. La alegría estaba allí, presente. Al mediodía, se separaron y cada uno se fue a su casa para comer en el calor y disfrutar de un merecido descanso. Becky tenía un televisor en su madriguera y solía ver películas o programas.

Nuestro amigo el búho, tras su vigorizante siesta, volvió al camino y se encontró con el primo de Becky, llamado Beckett, que saltaba de un lado a otro zigzagueando con entusiasmo, sin mostrar ningún signo de cansancio. Se saludaron y continuaron su camino. Llamó a la puerta de Becky y le preguntó con calma y una sonrisa: «Ah, ¿eres tú? ¡Estás aquí! Ven conmigo, ¡voy a casa de Kwerty! ¿Me acompañas?».

Este último le respondió alegremente: «¡Por qué no!». Estaba más tranquilo que antes, aunque todavía con un ligero sentimiento de decepción: ¡qué carácter tan complejo tenía! De repente, mientras avanzaban por la nieve, sintieron un olor delicioso que provenía del granero donde vivía su amigo el reno. Se acercaron casi tímidamente, muy despacio:

«¡Qué olor tan apetitoso! ¿Qué estará preparando hoy?».

Intrigados por el aroma, levantaron el hocico.

Pero, a dos pasos de allí, muy bien escondido entre los matorrales cercanos, Bull el lobo los vio avanzar, calculando su cena, él que no había devorado nada en mucho tiempo... Se lamía los colmillos, pasando la lengua por sus labios, pensando en su buena estrella y en su inmensa suerte: por una vez, iba a cenar... suntuosamente: ¡un guiso o un paté casero! ¡Dio gracias al cielo estrellado rezando!

«¡Por fin podré comer bien esta noche! ¡Es un milagro! ¡Como ganar la lotería!»! Pero Kwerty estaba alerta: desde la ventana de su cocina, había visto la sombra que se escabullía detrás de sus pequeños amigos, inconscientes del peligro que corrían. Rodeó su casa, abrió sigilosamente la puerta trasera y, justo cuando Bull iba a saltar sobre ellos... ¡él también saltó! ¡Zas! ¡Bam-Pouf!

Fue él, Kwerty, quien lo levantó con sus grandes cuernos y lo envió a rodar por los arbustos llenos de espinas y zarzas: ¡bien hecho, na! Los dos amigos se dieron cuenta entonces de que Kwerty les había SALVADO la vida: ¡aún no podían creer el peligro latente del que acababan de escapar! Lo felicitaron con entusiasmo, asombro y consternación.

-¡Gracias, amigo! Ahora te debo toda mi vida. ¡Pídeme lo que quieras y lo tendrás! ¡Seguro que sí!

-Oh, ¿cómo lo supiste? ¡No lo sentimos detrás de nosotros! Nos traicionó, es una locura. No sabíamos que se estaba acercando tanto a nosotros dos. De verdad.

-Lo vi y salté: ¡fue un simple reflejo por mi parte! No me debéis nada, palabra de Kwerty. ¡Fue instintivo!

«¡Ay, ay, ¿estás bien de la cabeza?», gritó Bull el lobo al salir de los densos matorrales. «¿Estás loco?».

Mientras se quitaba las espinas de su cuerpo peludo y tupido, estaba furioso e inconsolable. Los tres compañeros de juegos se rieron al ver el lamentable aspecto que tenía, con su esquelético cuerpo y los huesos salientes por no haber comido en varios días. ¡Se había vuelto raquítico! De repente, el trío se compadeció de su aspecto desaliñado... Se

sentían avergonzados por él. ¡Tuvieron una idea genial, tras consultarlo entre ellos!

«¡Vaya, qué delgado estás!». De repente, el lobo se echó a llorar a lágrima viva: ¡sin duda, era la fase llorosa! Era un día de invierno muy extraño. Cada uno lo vivió a su manera: Becky se balanceaba de una pata a otra, GP se alisaba las alas, Kwerty no le quitaba ojo. El lobo Bull permanecía inmóvil, sin saber muy bien qué hacer. Se hizo el silencio entre el cuarteto.

-¡Estoy muy preocupado, no he comido nada en cinco días!», soltó nuestro depredador, frustrado. «Estoy al límite».

-¿Por qué no trabajas como todos nosotros aquí en el bosque? Podrías ser útil para nuestra seguridad, para la comunidad.

-¿Yo, trabajar? ¡Ni hablar! Además, aparte de robar o hurtar, ¡no sé hacer nada más! No he aprendido.

-¿A qué esperas para aceptar el sistema? ¡Aún estás a tiempo, todavía eres joven! Al menos inténtalo por ti mismo: ya podemos darte algunas pistas, trazar un camino posible, elaborar un plan personalizado que luego tendrás que poner en práctica. ¿Qué te parece la idea?

-Oh, yo ya no tengo edad para eso «les susurró, más que avergonzado, preocupado y contrariado». ¡Soy irrecuperable!

-No hay edad para comprender, ¡solo hay que quererlo!

Exclamaron todos al unísono, sorprendidos y escandalizados por su respuesta y su fría indiferencia. Kwerty lo invitó a probar la deliciosa tarta de arándanos que acababa de sacar del horno por intuición y por el deseo de ayudarlo a ordenar su vida. Se sentaron alrededor de la mesa y comieron con buen apetito el delicioso pastel, bebiendo una infusión bien caliente con aromas florales. Fomentaron el ambiente amistoso, extendiéndolo al lobo.

¡Bromas! ¡Humor! ¡Charadas! ¡Proverbios! ¡Rebus...

«¿Qué vas a hacer en Navidad? ¿Estarás solo? ¡Iremos al prado a divertirnos en la nieve helada! ¡Grandes saltos!».

Bull los escuchaba atónito y consternado. El trío no captaba la señal de una soledad muy aterradora, idemasiado inaudible!

¡Un día tras otro, eso es bien sabido!

-¡Nada! Como cada año, estoy solo, viejo, malquerido, enfermo, temido, loco, trastornado, difamado, perezoso, mentiroso.

-No exageres, ¿vale? Estás solo, sí, pero no estás tan trastornado, ni tan digno de lástima, ni tan lamentable como dices, ¿no?

-¡Ven con nosotros, atrévete! ¡Nos lo pasaremos muy bien, vamos! ¡Iremos al roble, haremos bolas de nieve!

-Y batallas con nuestras espadas, y nos deslizaremos por el lago helado.

«¿Queréis que os acompañe? ¡Qué amables!

Bull el lobo solo captaba la superficie de la situación, lo esencial se le escapaba por completo. «Después de lo que quería haceros sobre todo». Bull no daba crédito a la indulgencia de los chicos. Lloriqueó, perdido. «¡Bueno, ya está olvidado! Entonces, ¿vendrás? Y además, quizá puedas ayudarnos con los preparativos de la fiesta, ¿quién sabe?». Tenían una idea para hacerlo indispensable.

¡Había tanto trabajo por hacer para que estuviera todo listo a tiempo!

Los tres amigos lo formaron a él, el lobo, como su protección cercana, bosque, animales o aquellos que migraban o eran estacionales. Cuidar las plantas, asegurarse de que estuvieran a salvo como los guardabosques o los bomberos para salvaguardar cada especie establecida o nómada, ser su policía y su agente de limpieza: ¡le correspondía a él mostrarse muy exigente y vigilante!

«¡Reunión asociativa de Navidad! ¡Que estén todos presentes!».

Al día siguiente, se reunieron para discutir el programa de Navidad: ¿quién decorará el árbol este año? «¡Yo!», oyeron

decir con voz grave y profunda a sus espaldas. Se dieron la vuelta de golpe. «¡Nos has dado un susto de muerte al aparecer así por detrás!». Él frunció los labios, con aire rejuvenecido, y les respondió: «No lo hago a propósito, lo llevo en los genes».

Bull, porque era él, se echó a reír, mostrando una impresionante dentadura y frunciendo los labios: los pequeños amigos sudaban de miedo contenido. Kwerty, Becky y Gros Pigreen asintieron con la cabeza, encantados con su propuesta, sin tener en cuenta su momentánea conmoción. «¿Lo sabes, crees?». Seguían siendo escépticos. «Sí, ya veréis, iserá muy bonito! Seré el artífice de una tradición».

Muy orgulloso, escrutó cada uno de los rostros atónitos a su alrededor.

Parte 3

Entonces saca de su bolsillo unos objetos de madera tallados con gran maestría, barnizados y muy realistas, y se los muestra en su amplia mano garra. «¡Qué bonitos!», les dice Bull, poco seguro de su propio talento: «¿De verdad os gustan?». El grupo, amistoso, le felicita por su talento como escultor y por su oportuna intervención, visiblemente admirados, tranquilizándole por fin, felices de que se le tome en serio.

«¡Ya ves, esto es un verdadero trabajo que se puede intercambiar por servicios prestados! Es mágico, fantástico y también muy artístico».

Los santones, personajes del belén, eran de madera de diferentes tamaños y barnizados, olían a resina de árbol, a madera trabajada con arte y maestría, a delicadeza de trazos. Para él era sobre todo una pasión cuando, al llegar a casa, se retiraba a su guarida. Era un pasatiempo, un hobby que le había inculcado su abuelo. De generación en generación, uno de los suyos se dedicaba a este arte ancestral.

Estaban su madre ama de casa, su padre protector, su hermano pequeño fallecido, dos perros pastores guardianes de rebaños, algunas ovejas plácidas, cabras rebeldes, vacas simpáticas y burros testarudos. Los Reyes Magos eran tres: Melchor con cabeza de cervatillo, Baltasar con cabeza de camello y Gaspar con cabeza de gato egipcio; los ángeles se parecían a Becky, Gros Pigreen y Kwerty.

«¡Están todos!». ¡Un «belén con animales» quedará genial en el cobertizo del granero de Kwerty! Bull negó con la cabeza. «No, falta el establo». Lo comprobaron y le pidieron que lo construyera, mientras ellos limpiaban el local e instalaban una larga mesa en el centro. Decoraron la sala e invitaron a los vecinos. «¡Y el ángel!». Bull colocó una paloma con las alas extendidas.

«¡Y la estrella!». Volvió dos días después con una estrella fugaz en la mano. Gracias a los dos agujeros, Becky la ató a dos alambres que Gros Pigreen ató a una viga del techo. «¡Qué bonito efecto tiene!». Estaban encantados. «¿Y si nos comprometemos a ofrecer un rincón de refugio y alegría a nuestro bosque tan lleno de energía?», dijo Kwerty, líder de la alegre pandilla de amigos activos y bondadosos.

-¡Yo me encargo de la decoración alrededor de la mesa de nuestro belén! ¡Me encanta crear ambiente, añadir telas, renovar un lugar y decorarlo con los colores de la Navidad!», respondió Becky, agitando sus largas orejas colgantes. Saltaba afanosamente, retrocediendo. «Voy a remodelar un lugar angelical», gritó Gros Pigreen, moviendo su cola verde y amarilla, adornada con un festivo penacho.

-¡Colocaré a nuestros tres ángeles sobre varias nubes hechas con mi plumón!», continuó, animándose a sí mismo y silbando.

-«Si me traéis madera, construiré el establo», murmuró suavemente Bull el lobo, muy contento de que lo apreciaran por lo que era. Los cuatro amigos, una vez terminado su trabajo de buen humor, se dirigieron al claro para descansar las patas mientras se divertían y charlaban:

¡Era una fiesta genial!

Mientras jugaban, corrían y saltaban, vieron un admirable abeto cubierto de nieve: ¡ese será NUESTRO árbol de Navidad este año! «¡Sí, tienes razón, Kwerty! ¡Es magnífico y lo suficientemente grande!». Comenzaron a rodearlo, intrigados y ya pensando en la decoración. «Oh, sí, tienes un ojo magistral para elegir el mejor símbolo». Le aplaudieron calurosamente, pisoteando el suelo con impaciencia.

Volvieron a casa y cogieron los adornos navideños para coronarlo de luz y colores vivos, adornarlo, engalanarlo, decorarlo y convertirlo en una auténtica obra de arte efímera. ¡Qué elegante y grácil estaba, iluminado de forma natural en el centro del halo solar o lunar! Durante días y noches, lo cuidaron con fervor, con la sensación del trabajo bien hecho.

Bull depositó algunos regalos multicolores a sus pies, sobre el musgo. Los demás se ocupaban alegremente de las casitas para pájaros silvestres que colgarían de algunas ramas, mientras que GP voló hasta su copa para colocar la maravillosa segunda estrella creada por Bull. El abeto brilló al caer la noche con todas sus luces en el centro del bosque arbustivo bajo la iluminación lunar, convirtiéndose en algo mágico!

Juntos habían logrado su Adviento, creador festivo de una Navidad afectiva, donde la felicidad coqueteaba con los aromas.

Invitaron a las criaturas del bosque a unirse a ellos para tomar una sopa de verduras reconfortante con buenos trozos de carne, que la Madre Navidad había dejado para los carnívoros. Las ardillas habían recolectado y ofrecido almendras, avellanas, nueces y piñones. La mañana de Navidad, ¡oh, sorpresa! Papá Noel les había dejado golosinas y bonitos regalos que compartieron generosamente: ¡qué fiesta tan exitosa!

¡Cada animal e insecto disfrutó de lo que más le gustaba!

¡Todo el bosque vibraba de alegría y paz!

¡FELIZ NAVIDAD!

